

October 2007

Disparo en Red [No. 38 (October 24, 2007)]

Disparo En Red

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.usf.edu/disparo_en_red

Recommended Citation

Disparo En Red, "Disparo en Red [No. 38 (October 24, 2007)]" (2007). *Disparo en Red (Cuban science fiction magazine)*. 37.

https://digitalcommons.usf.edu/disparo_en_red/37

This Text is brought to you for free and open access by the Science Fiction at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Disparo en Red (Cuban science fiction magazine) by an authorized administrator of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

HOY: 24 de OCTUBRE del 2007



DISPARO EN RED: Boletín electrónico de ciencia-
ficción y fantasía.

De frecuencia mensual y totalmente gratis.

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

Para descargar disparos anteriores:

<http://www.esquina13.co.nr>

<http://www.cubaunderground.com>

El sitio web del Fantástico Cubano



<http://www.cubaliteraria.cu/guaican/index.html>

DISPARO EN RED

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

Editores:



Darthmota.



Jartower.

Colaboradores:

Taller de Creación ESPIRAL de
ciencia ficción y fantasía.

espiral@centro-onelio.cult.cu ,
espiralgrupo@yahoo.es

Anabel Enríquez	István Bent
Juan Pablo Noroña	Coghan
Víctor Hugo Pérez	Leonardo Gala
Gallo	
Eliete Lorenzo	Raúl Aguiar

Portada: Gimenez

0. CONTENIDOS:

1. La frase de hoy: George Lucas.
2. Artículo: El sentido de la ciencia-ficción, Pablo Capanna.
3. Cuento clásico: La línea de la vida, Robert Heinlein.
4. Cuento made in Cuba: Mi última cita en Manglar, Gabriel Gil.
5. Artículo: Literatura fantástica japonesa: Haruki Murakami, Bernat Castany Prado.
6. Humor: Diccionario desordenado de términos de la ciencia-ficción, Rafael Marín.
7. ¿Cómo contactarnos?

1. LA FRASE DE HOY:

Palpatine: El lado oscuro de la Fuerza es un camino hacia muchos poderes que algunos consideran antinaturales.

Anakin; ¿Es posible aprender este poder ?

Palpatine: No de un Jedi.

George Lucas.
Star Wars (La venganza del Sith)

AL INDICE

2. ARTICULO: El sentido de la ciencia–ficción

Pablo Capanna

El sentido de la ciencia-ficción es en realidad un libro publicado por Editorial Columba, Buenos Aires, 1966. Colección Nuevos Esquemas, 1. del que descaradamente hemos publicado su primer capítulo (siempre sin ánimo de lucro) en aras de que una gota de su sabiduría llegue a todos los estudiosos, aficionados o escritores del género. Por razones de respeto al autor (a quién no le pedimos permiso) no publicaremos más capítulos de su magistral obra.

I. EL NOMBRE

La alianza ciencia–ficción tenía todo lo necesario
para desagradar. Desagradó. Desagrada aún.

Y hay que creer que el término estaba maldito
pues se intentó en vano interpretarlo o tenderle un espejo.

JACQUES STERNBERG,

Une succursale du fantastique.

En los buenos y viejos tiempos en que la Preceptiva reinaba indiscutida, con sus unidades aristotélicas y sus clasificaciones al estilo Linneo, era muy fácil ubicar una obra en el género correspondiente. Podía entonces tenerse por seguro que la imaginación de los poetas corría dentro de los carriles fijados por las normas académicas, que sólo dejaban un estrecho margen de elección entre los géneros y las convenciones explícitamente dispuestas. La obra inclasificable, aunque muy rara, era ignorada por los doctos y yacía a la espera de que el romanticismo viniera a descubrirla. Así se explica cómo los europeos, enfrentados con un nuevo continente, sólo atinaron a escribir poemas épicos como Os Lusíadas o La Araucana, encuadrados dentro de las mejores tradiciones helenísticas vigentes al respecto. Su horizonte mental les cerraba las posibilidades de ver que nuevas realidades exigían nuevas actitudes.

La ola romántica y todas sus secuelas arrasaron con estas convenciones, e impusieron a su vez otras convenciones tácitas. Fue así como, cuando el auge del cientificismo y el mito del progreso hicieron surgir, a la par de la novela realista, una literatura de imaginación inspirada en la ciencia, ambas tradiciones coincidieron en clasificarla implícitamente como arte didáctico, bueno para interesar a los adolescentes en

la investigación o difundir conocimientos útiles.

La revolución tecnológica de nuestro siglo, con el auge de los medios masivos de comunicación y la transformación del arte popular, hasta el momento no fiscalizado por academia alguna, en “arte comercial”, introdujo otra sistemática de los géneros y las especies literarios, basada ahora simplemente en las demandas del público consumidor.

La “literatura comercial”, convertida en industria, debió delimitar tan estrictamente como la preceptiva los rubros que producía, con lo cual los libros se convirtieron en una mercadería de consumo, en un pasatiempo popular rotulado y etiquetado de manera que el lector supiera exactamente qué podía esperar de cada novela. Fue en los Estados Unidos, especialmente en la primera posguerra, cuando se crearon las convenciones estrictas que habían de regir una infinidad de novelas y cuentos indistinguibles unos de otros, construidos en serie como los autos de Detroit. Vieron la luz entonces las novelas “de cowboys”, “de la selva”, “policiales”, “de misterio”, “de terror”, sin excluir aquellas “sólo para caballeros” o géneros tan curiosos como las novelas “de buzos” o “de la Policía Montada Canadiense”.

Es en esta época y en este marco tan poco “culto” cuando se cometió el pecado original al cual hemos de imputar los equívocos que aún hoy debemos soportar todos cuantos nos ocupamos seriamente de la ciencia-ficción. El hecho ocurrió cuando, continuando algunos intentos estadounidenses de imitar la novela científica europea, clasificados

como “historias diferentes”, Gernsback fundó la primera revista especializada, *Amazing Stories*, en 1926. Con ello, además de brindar una fecha memorable a los futuros fanáticos, daba un nombre al nuevo género comercial-literario, al designarlo

como “scientifiction” o “science fiction”, lo que ha venido a dar en nuestro “ciencia–ficción” o “S–f”.

Conviene que aclaremos un poco el significado de esta palabra bastarda, que no pocas confusiones suscita y que trae al oído poco avezado la discordancia de un difícil acercamiento entre la fantasía y el método científico.

Para comenzar, recordaremos que, en virtud del aludido criterio comercial (que en su origen fue también literario), en los países anglosajones se acostumbra a clasificar todo libro publicado en dos grandes grupos: non fiction (que abarca desde las matemáticas y la filología hasta los textos escolares y las recetas de cocina) y fiction (que incluye todo lo restante, siempre que no se trate de hechos o de teorías acerca de ellos, es decir novela, poesía, ensayo, cuento, etc.).

Dentro de este vastísimo marco de lo que se entendía por fiction los editores crearon, junto con las otras muchas variedades comerciales de las que ya hemos hablado, un tipo de fantasía que tomaba como tema la ciencia, los científicos y el método, denominándola Science (especie)– fiction (género). Toda la evolución posterior de la s–f se desarrolló bajo este rótulo inadecuado, en constante pugna con las limitaciones que imponía su origen; estas limitaciones fueron hechas notar por no pocos autores y comentaristas.

Cuando, alrededor de 1950–55, la s–f norteamericana comenzó a expandirse hacia Europa, en el momento de su mayor auge comercial, las traducciones con que su nombre se presentó no hicieron más que complicar las cosas. El sentido aludido de fiction, que permite en inglés combinaciones para nosotros tautológicas, como fantasy fiction, se perdió al intentarse traducciones literales. Así es como en Francia, favorecido por una ortografía idéntica, se impuso science fiction, mientras en Alemania se conservaba el término inglés y en Italia se adoptaba fantascienza. En los países de habla española se intentó “fantaciencia” sobre modelo italiano, “ficción científica” (quizá la mejor traducción de science–fiction), y terminó por imponerse “ciencia–ficción”, a imitación del francés, por obra de Minotauro. Después de tales vicisitudes, la

palabra “ciencia”, además del equívoco que significa aparecer con todas sus letras, se ha transformado de adjetivo en sustantivo. La difusión tardía del género en nuestro medio, combinada además con la paralela aparición del “nuevo humanismo” marca Planète, que a menudo aparece consustanciado con él, han hecho que se agravara aún más la oscuridad original del nombre. De tal modo, basándose en el confuso concepto que se tiene de aquel movimiento, cuyos creadores tampoco lo precisan demasiado, ocurre que hoy, para muchas personas cultas y aun intelectuales, la palabra “ciencia–ficción” sugiere una nueva ciencia, o, lo que es peor, una ciencia oculta.

Así como Sternberg se quejaba hace años de que el francés culto tuviera siempre en sus labios la máxima “la ciencia–ficción es una tontería, pero Bradbury me agrada mucho”, refiriéndose así al único autor que había leído, resulta penoso aquí oír tantos juicios lapidarios sobre este tema, formulados por quienes, si han tenido contacto con él,

lo han hecho a través de sus subproductos más burdos.

Michel Butor¹ afirma que, interrogado el hombre común sobre qué es la s–f, nos contestará aproximadamente: —¿La ciencia–ficción? Ah, sí... los cuentos de marcianos y cohetes espaciales... Lo peor es que Butor mismo, y como él muchos intelectuales de menor cuantía, crean que ésa es la mejor definición del género y de sus temas, cuando en realidad esto podría ser apenas una definición pasable de lo que los aficionados llaman “space–opera”.

La indiferencia general y la pereza intelectual que lleva a definir lo ignorado reduciéndolo a lo conocido son en buena parte responsables de que hoy se hable de s–f en relación a cosas muy heterogéneas, tales como películas, historietas o series de televisión, donde aparezcan científicos, naves del espacio o armas nucleares. Pero, si existe una causa más profunda de todo esto, debemos buscarla precisamente en el nombre, cuya vaguedad permite tantas ignorancias.

Desgraciadamente, tanto los aficionados como los expertos y críticos, perennemente disconformes con esa designación, no han sabido hallar un término que se adapte

¹ BUTOR, MICHEL, “La crise de croissance de la science–fiction” (Cahiers du Sud, N° 317, París, 1er. semestre de 1953).

mejor a una literatura tan compleja y de niveles tan desiguales. Cabe pensar que, aunque existiera un tal término, sería ya imposible imponerlo.

El viejo término “novela de anticipación”, forjado en la época de Verne y que aún muchos críticos europeos emplean, se ha revelado insuficiente, al mostrarse que la noción de futuro no es inescindible de la ciencia–ficción. Otros términos en uso entre los críticos franceses, tales como “ciencia novelada”, “anticipación científica” o aun el más curioso “humor científico”, la reducen a simple divulgación hecha a nivel pedagógico.

Nuevos intentos franceses han sugerido la posibilidad de incluir a la ficción científica (de algún modo hay que llamarla) en un campo más vasto que abarque otras formas del arte marginal. Tal es lo que propone Pierre Versins al subsumirla en el campo de las “literaturas conjeturales” o la iniciativa tomada por Bergier y Pauwels al publicar

s–f en *Planète* junto con otros textos fantásticos, como “literatura diferente”, esto es: diferente de las formas gastadas y académicas de la literatura oficial. Con ello no se hace más que volver a los comienzos, cuando la s–f surgió en las revistas de Munsey bajo ese rótulo.

Las limitaciones que impone una denominación comercial como “ciencia–ficción” son también responsables de su descrédito en el mundo intelectual. Un título de este tipo predispone al crítico y al erudito que por primera vez se enfrente con ella a un juicio peyorativo; si a esto agregamos la presentación burda que generalmente se le ha

dado, a través de revistas o libros de bolsillo con tapas resplandecientes de cohetes y monstruos del espacio, serán pocos los intelectuales de buen gusto capaces de sobreponerse a esa impresión inicial y tratar de analizar su contenido con criterios objetivos.

Afirma Sternberg, muy justamente, que quizás hubiese sido similar o por lo menos más difícil la suerte de Proust de haber sido introducido en los países anglosajones bajo la etiqueta *psychologic fiction*, es decir “ficción psicológica”.

En cuanto a los expertos anglosajones, los resultados no son más satisfactorios. Tanto *science fantasy* (William Tenn) como *Speculative fantasy* (Michael

Moorcock) no aportan nada nuevo. Damon Knight, autor de *In search of wonder*, uno de los mejores ensayos sobre el tema, escritor y editor de s-f, aventuró el título “ficción especulativa”.

Por seductor que resulte este término, su vaguedad es sin embargo tal que si por un lado abarca los mejores temas de la s-f también podría extenderse sin inconvenientes a la Divina comedia o a Kafka.

La lógica nos recuerda que para que una definición sea completa debe precisarse más, de manera que el definiens abarque, además del género, la diferencia específica. Esa diferencia en nuestro caso sólo podría ser dada históricamente, es decir que deberíamos aclarar: “Ficción especulativa del tipo surgido en tales y cuales circunstancias, con tal o cual temática, con tales y cuales influencias...”, etc.

Una tal definición “perimétrica” (De Camp), además de ser muy poco práctica, estaría en contra de toda una tradición en la historia de las letras y de las ideas. Es sabido que cada autor y aun cada obra son un mundo con leyes propias y que toda agrupación en escuelas es un pecado necesario, para poner orden en el caos de la creación artística, y

que esa necesidad de poner orden es propia de todas las formas superiores de civilización y, particularmente, de la occidental. Casi todos los nombres de escuelas y géneros literarios son, por otra parte, un poco arbitrarios, por lo menos en su aplicación a los casos individuales, y debemos resignarnos a su vaguedad. “Ciencia-ficción”

se ha impuesto por razones fortuitas, y resultaría ya vano intentar cambiarla. La aceptamos pues, pero dejando en pie todas las salvedades que una autoridad como Judith Merrill hace cuando se trata de definir el género.

Esta autora, compiladora de algunas de las mejores antologías del género, intenta salir de la maraña de definiciones analizadas estableciendo algunas distinciones. Merrill acepta y emplea la sigla “s-f” (science-fiction) haciendo la salvedad de que la “S” puede significar tanto “ciencia” (science) como “especulación” (speculation) y la “F”

abarca tanto “ficción” (fiction) como “fantasía” (fantasy) o “hechos” (facts).

Su definición es aún una de las mejores que hemos recogido: “ciencia ficción es la literatura de la imaginación disciplinada”.

Las otras definiciones, de las que nos ocuparemos ahora, habrán de arrojar, pese a su insuficiencia, algo de luz sobre este género y completar o explicar una fórmula tan lapidaria. Comenzaremos por “Ficción científica”. Es curioso observar hasta qué punto los hábitos intelectuales pueden dominar una personalidad y condicionar sus juicios, especialmente cuando esa personalidad se ve obligada a moverse fuera de lo trillado, donde hay que crear categorías nuevas para interpretar lo nuevo; esta obligación, sin embargo, cuenta muy poco para los intelectuales embarcados en una corriente definida de pensamiento y comprometidos con sus dogmas. Cuando se trata de analizar algo como la ciencia–ficción, que es terra incognita aún en las universidades, lo más fácil resulta medirla con los cánones con que la corriente trabaja, reduciéndolo a lo conocido. Dicho más crudamente, proyectar los propios prejuicios, racionalizando desde luego.

Tal es el espectáculo que nos ofrecen los estudios literarios suscitados en Francia en el período 1950–55, cuando se produjo la difusión en Europa de las grandes revistas norteamericanas. Todas las grandes publicaciones literarias, desde *Les Temps Modernes* hasta *Esprit*, abrieron sus espacios a la polémica sobre el género, invitando a sus

acostumbrados colaboradores a intervenir en ella. El resultado es bastante lamentable para el aficionado con cierto dominio del campo o para aquel que alguna vez se tomó el obvio pero difícil trabajo de “ir a las cosas mismas”, despojándose de hábitos estéticos y literarios.

Salvo ciertas honrosas excepciones, sólo hallamos una galería de proyecciones, donde cada cual ataca lo que no se ajusta a los principios de su escuela, y destaca como méritos lo que parece coincidir con aquéllos. El empleo de las anteojeras mentales, sin embargo, no es un vicio de los críticos franceses, sino que abunda en casi todas partes.

Elegiremos un ejemplo significativo. En 1957, la revista *Europe*, la que fue orientada en sus comienzos por Romain Rolland, dedica un número a la “ciencia–ficción” y organiza al efecto una mesa redonda sobre ese tema, en la cual interviene

todo su equipo de redacción. Luego de una serie de tanteos preliminares, en los que se evidencia el precario conocimiento del tema (todos se esfuerzan por mostrar su erudición citando a Verne, Kipling o Wells, cuando se trataba de la s-f actual), se llega pronto a un acuerdo, consistente en definir el género como “ciencia novelada”. Liquidado así el asunto, se pasa al grave y escolástico problema de decidir si el género es progresista o reaccionario. Aquí ya los participantes se mueven con mayor libertad, y, empuñando cada cual uno de los escasos textos conocidos, se afanan por defender una de las dos tesis. No pretendemos decir que esta discusión carezca de sentido, pues nosotros mismos habremos de tomar partido en ella. Lo que nos interesa destacar es la actitud que tiende a ver sólo lo que se quiere ver, tan humana como inevitable.

Retengamos sin embargo la definición esbozada: la s-f sería “ciencia novelada”. Es ésta una de las opiniones más difundidas, que, diluida o adaptada de muy diversas maneras, encontramos aún en el hombre de la calle. Por ello se hace necesario definir cuánto tiene de cierto.

Es conocida la anécdota de Julio Verne: interrogado sobre qué opinaba de las obras de Wells, que empleaba la antigravedad para los viajes espaciales, mientras él empleaba la balística, se asegura que comentó: —Yo utilizo la ciencia, él inventa.

Curiosamente, hoy sabemos que un proyectil balístico del tipo descrito por Verne es técnicamente absurdo, mientras que se empieza a hablar seriamente de la antigravedad. Los apologistas de Verne, entre los que se cuenta Moore, sostienen que, aunque de acuerdo con la ciencia de hoy estaría equivocado, aún sigue siendo el modelo de escritor de s-f. De este modo se evidencia que lo que está defendiéndose no es la ciencia misma sino una cierta actitud conservadora.

En realidad, cuando la ciencia-ficción tiene tema científico, utiliza los datos de la ciencia y a la vez la “crea”. Si se limita a emplear los resultados adquiridos y comprobados de la ciencia en su momento histórico, fantaseando sobre esos hechos de una manera literariamente aceptable, corre el riesgo de que le ocurra lo mismo que a Verne. Cuando la ciencia sigue los caminos lógicamente previsibles, estas profecías se convierten en “anticipaciones” (como en el caso del submarino), y, si

no lo hace así, pasan a formar parte del museo de las ideas fallidas, junto con el flogisto, los epiciclos tolemaicos o el planeta Vulcano. Es así como las anticipaciones optimistas de Verne, sobre un futuro de prosperidad alcanzado por medio de la técnica, nos resultan hoy ingenuas, mientras que algunas páginas grotescas de Wells sobre el predominio de la propaganda en la vida moderna se revelan alucinatoriamente plausibles.

Una de las características de la ciencia-ficción, cuando ha tomado ideas científicas, ha sido siempre la de explorar campos nuevos, aún no tocados por la investigación oficial. Cuando esto ha sido hecho por científicos, el género se convirtió en campo de experimentación para teorías aún no bien demostradas, en cuentos donde dicha teoría se

daba por supuesta y se desarrollaban sus posibles consecuencias. Algunas anticipaciones logradas son el satélite artificial y la radioastronomía, así como muchas de las ideas tecnológicas de la s-f soviética, donde esta tendencia predomina.

Estos temas científicos predominaron en una primera etapa de la ciencia-ficción norteamericana y dieron abundantes frutos al provocar el surgimiento de muchas vocaciones científicas, aunque no sean, sin embargo, lo esencial del género.

Las obras de Verne, Rosny y sus continuadores franceses, que dieron en un tiempo esta orientación a la s-f, están concebidas dentro del Zeitgeist de fines del siglo pasado, es decir, del positivismo comtiano y del materialismo "científico". Supuesto el mito liberal, en el cual el espíritu racional, encarnado en la ciencia por el positivismo, iba a ir

eclipsando otras manifestaciones prelógicas, y siendo la novela naturalista el mejor ejemplo de la ciencia aplicada al arte, la literatura de anticipación debía moverse dentro de un futuro donde el triunfo de la razón estuviese asegurado por el progreso rectilíneo de la ciencia y la tecnología. La utopía tecnocrática, de la que tantos ejemplos podríamos citar, es una muestra de lo que se puede hacer dentro de esta perspectiva. Las utopías tecnocráticas del siglo pasado se diferencian poco entre sí, salvo en la vía a seguir para alcanzar ese futuro de Máquinas Maravillosas, o en las

máquinas mismas, mientras que las supuestas anticipaciones de la ciencia-ficción actual son una galería de caricaturas del presente o bien desarrollos de otras tantas posibilidades implícitas en el tiempo actual.

La idea de que la s-f está ligada a la noción de futuro y se aboca exclusivamente a su descripción, podía ser válida en aquellos tiempos y es aún la opinión del hombre de la calle, quien se empeña en llamar “futurista” al arte no figurativo, varias décadas después de haber desaparecido el futurismo. El futuro no es más que un expediente, en la s-f de hoy, para extrapolar ciertas conclusiones que surgen de una problemática actual, un expediente tan bueno como lo constituyen los planetas imaginarios o los mundos paralelos.

La obra de un Lovecraft, uno de los maestros del género que más influencia han ejercido, gira por completo en torno del más remoto pasado; hay una infinidad de cuentos y novelas que se sitúan en nuestro tiempo, y aun la descripción de la vida del último de los hombres de Neanderthal, hace muchos miles de años, puede servir a un autor como Lester del Rey para hacer buena ciencia-ficción.

En un capítulo notable de su obra, Jacques Sternberg da una reducción por el absurdo de esta tendencia, al refutar una frase de Maurois, mostrando una exhaustiva serie de obras donde se acumulan los futuros más terribles e insensatos; Maurois aseguraba que “todo lo imaginado llega a realizarse”.

Resultan pues injustificadas las advertencias de los legos que, ante los progresos en materia de viajes espaciales o el avance tecnológico general, suponen (con la mirada puesta en el siglo pasado) que la fantasía científica pronto no tendrá temas, pues el avasallador avance científico acabará por realizar “los más audaces sueños de los visionarios”. Podríamos darnos por perdidos si el progreso tecnológico realizara algunos de los sueños absurdos que con sutil ironía nos presenta Sternberg.

En realidad, como veremos más adelante, los temas científicos, los problemas técnicos resueltos por las Máquinas Maravillosas, que permitieron que alguien caracterizara al género como technician's bedtime stories (canciones de cuna para técnicos), pertenecen al pasado de la s-f y si aún hay muchos científicos en las filas

del género, éstos ya han interpretado las nuevas orientaciones y, como ocurre con el astrofísico Fred Hoyle (uno de los pocos autores que merecen el honor de ser conocidos por el gran público, más gracias a sus méritos científicos que a su originalidad como escritor de s-f), utilizan la ciencia-ficción como medio de expresión de sus ideas políticas y sociales.

Sin embargo, hay algo en esta vinculación entre ciencia y fantasía que justifica la "s" de la sigla. El método científico se caracteriza por la predicción: una descripción de los hechos es fenomenología o taxonomía, pero no es ciencia: para que una teoría sea científica debe no sólo explicar los fenómenos sino predecir hechos eventuales que habrán de producirse de acuerdo con ella. La s-f ha surgido junto con la segunda

revolución industrial, en una época en que el método científico comienza a aplicarse a nuevos campos, y una cierta actitud metódica subyace bajo ella. Por ello, si bien como lo hace notar un autor suspicaz, "los relatos de s-f no necesitan ser escritos por científicos, así como los cuentos de fantasmas no son escritos por espectros" (Brian

Aldiss), lo que caracteriza la s-f es cierta actitud metódica y cierta lógica consecuente, de corte científico, para tratar aun las hipótesis más descabelladas o agotar las posibilidades implícitas en una situación dada. En esto se diferencia la s-f de la literatura fantástica tradicional: no en la científicidad de sus temas (pues la alfombra voladora o el fantasma pueden ser "científicos" en una circunstancia histórica peculiar), sino en el modo en que son tratados. Se puede hacer s-f sin tratar temas científicos, sino simples relaciones humanas, y aun tratar los temas fantásticos tradicionales con lógica y consecuencia, tal como lo hace, por ejemplo, Richard Matheson en su novela Soy leyenda, cuyo tema principal son los vampiros, pero de los cuales da una explicación

que no por ser irreal deja de ser menos plausible y lógica.

Volvemos pues a la definición de J. Merril: "Literatura de la imaginación disciplinada". En esto se diferencia también la s-f del surrealismo: los temas más inimaginables que el surrealismo o la literatura grotesca tradicional tratan según la lógica onírica, donde el principio de realidad no cuenta, son pacientemente

descompuestos y desenvueltos por la s-f con rigor lógico, de modo de hacerse plausibles al hombre del s. XX. Lo que hay aquí de científico no es pues el contenido, pues ello significaría cercenar enormes campos de lo imaginario, sino la actitud, fundada en el método científico, que exige imaginación y el empleo de una cierta lógica.

Pasemos ahora a otra concepción del género: la sátira social.

Acabamos de aludir a los escritores de formación tradicional, formados dentro de las grandes corrientes literarias, que se enfrentan a la s-f con sus peculiares prejuicios de escuela. Sin embargo, un caso notable de un profesor de literatura que ha hecho un sincero esfuerzo por ahondar en el género lo hallamos en Kingsley Amis. Este escritor

inglés nos ha dado uno de los pocos ensayos consistentes que se hayan hecho sobre el género por alguien ajeno a él. Su obra, titulada Nuevos mapas del infierno, adolece de ciertas fallas, especialmente la limitación del material consultado, pero tiene la ventaja, lo repetimos, de haber tomado contacto con todos los niveles del género, de modo que

sus juicios son considerablemente más ajustados a la realidad que los de los comentaristas comunes.

Amis realiza en su libro un análisis algo fragmentario y a menudo apresurado (es notable como desprecia a Bradbury y Lovecraft, que resultan ser los únicos autores que gozan de cierta difusión entre el público no adicto) donde analiza todos los temas del género, para detenerse mucho en Frederik Pohl, y concluir sentando su propia tesis. Si hemos de creerle, lo esencial de la s-f es su función de crítica de costumbres, la libertad que brinda una fantasía ilimitada para satirizar aspectos de la sociedad que normalmente los escritores no se atreven a tocar. De todas las obras "oficiales" no encuentra Amis una sola novela que ponga en juego la omnímoda presencia de la propaganda en la cultura de masas; estas obras se reducen a lo sumo a plantear problemas humanos vinculados con la profesión de la propaganda, pero no atacan, como lo hacen los sociólogos y ensayistas, las bases mismas del sistema. Resulta evidente que si buscamos entre los ilustres antecesores de la s-f (y no queremos, expresamente, emplear la palabra "precursores") no dejaremos de

encontrar confirmación de esta tesis. No otra cosa que una aguda crítica a la sociedad de su época, a veces hecha extensiva a la condición humana en general, es lo que animaba a Voltaire a escribir su *Micrómegas*, a Swift sus *Viajes de Gulliver*, y más recientemente a Wells, con su premonitoria sátira de la especialización en el mundo moderno, *Los primeros hombres en la Luna*. Por otra parte, es ésta una línea tradicional de la literatura inglesa, que tiene sus ilustres representantes, luego de Swift y Wells, en Butler, Orwell, y

dentro del género por nosotros estudiado, a Stapledon y Fowler Wright.

Pero no debemos olvidar algo que mostró Bergier² en un artículo dedicado a este particular. La aparición de la crítica social en la s-f norteamericana es tardía, y aparece sólo en la etapa de madurez, cuando los escritores comienzan a pulir su estilo, a cultivarse y a buscar modelos en los utopistas satíricos del pasado. Por otra parte, el

tema de la crítica social está prácticamente ausente de la s-f soviética, a pesar de constituir éste uno de los pocos campos de la literatura rusa donde los escritores se permitan tomar ciertas libertades con respecto a la dogmática oficial. De todos modos, y admitiendo con Amis que la crítica de las costumbres y la organización social sea

uno de los temas más serios dentro del género y uno de los más fecundos, la definición por él dada se s-f como “sátira social” peca de limitación y no da cuenta de las infinitas posibilidades mitológicas que el género encierra.

¿Debemos pues creer que, como lo afirma otra de las definiciones en boga, la s-f sería la mitología del siglo XX, el cuento de hadas de la era espacial?

Para el caso, mitología y cuento de hadas valen lo mismo, pues es sabido que los cuentos de hadas tradicionales derivan sus temas de la mitología germánica o del folklore nórdico medieval, constituyendo una versión decantada, *ad usum delphini*, diríamos, de creencias que en etapas anteriores fueron verdaderas cosmovisiones. Tendremos tiempo luego de discutir este tema con más amplitud, pero conviene tratar ahora los aspectos que nos interesan para dar una definición del género. Convendremos pues que, cuando se habla de mitología, se lo hace generalmente de

² BERGIER, JACQUES, “Science-fiction et critique sociale” (Critique, N° 82, París, marzo de 1954).

modo despectivo, en virtud de una actitud heredada de los primeros apologistas cristianos; su actitud de lucha tendía a menospreciar las creencias del adversario pagano, convirtiéndolas en “fábulas imaginarias”. La antropología moderna ha restituido al mito su autonomía y ha mostrado de manera objetiva su significación como modo de vida en las culturas “primitivas” y las cosmológicas del paganismo clásico. El mito antiguo expresa la experiencia del tiempo que tiene el hombre de una cultura ligada al ciclo cósmico; es una tentativa de organizar el tiempo existencial, fijándolo dentro de ciertas formas estáticas que remiten siempre al pasado, al momento inicial de la creación. Es una forma de vida cíclica, donde el presente es sentido como debilitamiento del pasado, y el futuro es sentido como repetición de éste. Resulta pues incomprensible cómo se puede hablar de mitología en este sentido, aludiendo a algo que tanta insistencia pone en lo nuevo. Aunque todos estén de acuerdo en que la ciencia-ficción no sea siempre progresista, de ningún modo fuerza al lector a un conservadurismo mental: aun a través de sus formas más burdas, hay un esfuerzo por ir más allá de lo conocido.

Una interpretación más aguda entronca con esta línea: desgraciadamente no todos los que la aplican son igualmente agudos, y la mayoría de las veces no hacen sino repetir algo que otros pensaron. Se trata de la definición de la ciencia-ficción como “literatura de evasión”, un escape literario para alejarse de los compromisos y las tensiones que crea la vida en una sociedad tecnificada y competitiva.

Uno de los mayores estudiosos del mito, Mircea Eliade³, ha destacado el papel de la lectura en el hombre contemporáneo, entendiendo por tal la literatura “de consumo”, no la literatura culta. Las novelas “escapistas” permiten evadirse de las condiciones abyectas o frustrantes de una existencia rutinaria e identificarse con un personaje poderoso, invencible, afortunado, que vive una vida intensa y compensa todas las carencias que al hombre de la calle le tocan vivir. Tal es el caso de la novela de aventuras, de la historieta gráfica, de la novela policial en sus formas más comerciales. Indudablemente, esto es cierto en la gran mayoría de los casos, pero no sólo debe atribuirse a las masas, pues también podría decirse que toda literatura, aun

³ ELIADE, MIRCEA, “Los mitos en el mundo moderno” (La Torre, Rev. de la Universidad de Puerto Rico, a. II, N° 6, abril-junio de 1954).

comprometida, es una forma de evasión, más o menos noble. El erudito que se recluye en la torre de marfil en compañía de sus clásicos está también en cierta forma huyendo del mundo que lo rodea: todo depende de la finalidad con que lo haga.

Pero no debemos confundir la ciencia-ficción, a pesar de sus aspectos populares, con esta literatura hecha en serie: un examen somero de sus manifestaciones sociológicas, hecho sin prejuicio alguno, nos la muestra como una literatura popular muy sui generis. Por empezar, los sondeos estadísticos efectuados en distintas oportunidades nos muestran que su público se recluta sólo entre personas de un cierto nivel cultural, y muy poco entre los adolescentes, a pesar de lo que podría parecer obvio. Por otra parte, el lector de novela de aventuras o policiales permanece anónimo; puede llegar a seguir a un autor o a coleccionar una revista, pero no da muestras de ejercer ningún sentido crítico o de discutir el sentido mismo de su afición. Una manifestación social como la que constituyen los clubes de aficionados en los Estados Unidos no halla su contrapartida en el terreno de la literatura de evasión. Los lectores de s-f se organizan en núcleos compactos, mantienen un diálogo crítico con sus revistas, se esfuerzan por problematizar el género, editan boletines y adoptan posiciones comprometidas

frente a los problemas de actualidad, tales como la integración racial o el macarthismo. En una palabra, manifiestan una actitud alerta, difícil de seducir por esquemas políticos simplistas o los sistemas ideológicos demasiado abarcadores. Existen, desde luego,

utopías que han ejercido una influencia fascinadora dentro del género, tales como la doctrina de Fort, la semántica general y la parapsicología.

Pero en conjunto creemos que nada hay más lejano de la actitud mítica paralizadora que la s-f. Sorprende a veces hallar en ella ecos del mito clásico, cuando la épica del espacio o del futuro coincide significativamente con las leyendas de la tradición. Pero no hay que confundir el contenido, que como ya sabemos la ciencia-ficción puede tomar de cualquier campo, incluyendo el mitológico, con la actitud estática de quien añora el pasado o se refugia en un mundo ilusorio para eludir sus compromisos del presente.

PABLO CAPANNA

Nació en Florencia, Italia, en 1939, pero ha vivido en Buenos Aires, Argentina, desde los 10 años de edad. Es profesor de filosofía, periodista, escritor y docente universitario.

Sus artículos han aparecido en Criterio, El Péndulo, Minotauro, Axxón e innumerables publicaciones más. Escribe en el suplemento Futuro del diario Pagina/12.

Obtuvo dos veces el Premio Pléyade, el Diploma de Honor Konex y cinco veces el Premio Más Allá.

AL INDICE

3. CUENTO CLASICO: LA LÍNEA DE LA VIDA

Por Robert Heinlein

A propósito del centenario de su natalicio ofrecemos aquí su primer cuento.

El presidente golpeó fuertemente la mesa llamando al orden. Gradualmente, los silbidos y abucheos fueron cesando, mientras varios oficiales de orden espontáneos persuadían a algunos acalorados individuos de que se sentaran de nuevo. El orador en la tribuna al lado del presidente parecía no darse cuenta del tumulto. Su fofo y algo insolente rostro estaba impasible. El presidente se giró hacia él y le dirigió la palabra, con una voz en la cual no se disimulaban la ira y el disgusto.

- Doctor Pinero - recalcó ligeramente la palabra «doctor», debo disculparme por el inesperado alboroto producido por sus observaciones. Estoy sorprendido de que mis colegas hayan olvidado la dignidad propia de los hombres de ciencia hasta el punto de interrumpir a un orador, a pesar -hizo una pausa y apretó fuertemente la boca- a pesar de lo grande que haya sido la provocación. - Pinero se rió en su cara, una sonrisa que era en cierto modo un abierto insulto. El presidente controló con visible esfuerzo su indignación y prosiguió -: Estoy ansioso de que el programa finalice honestamente y en orden. Deseo que termine usted sus observaciones. Sin embargo, debo pedirle que intente no insultar nuestras inteligencias con ideas que cualquier hombre educado sabe que son erróneas. Por favor, límitese a hablarnos de su descubrimiento... si es que ha descubierto usted algo.

Pinero extendió sus gordezuelas y blancas manos, con las palmas hacia abajo.

- ¿Cómo puedo poner una idea nueva en las cabezas de ustedes, si primero no quito de ahí sus falsos conceptos?

La audiencia se agitó y murmuró. Alguien gritó desde el fondo de la sala:

- ¡Echen de ahí a ese charlatán! ¡Ya hemos oído bastante!

El presidente levantó su maza.

- ¡Señores! ¡Por favor! - Y luego, dirigiéndose a Pinero -: ¿Debo recordarle que no es usted miembro de esta corporación, y que nosotros no le invitamos?

Pinero frunció las cejas.

- ¿De veras? Creo recordar una invitación con el membrete de la Academia.

El presidente se mordió el labio inferior antes de responder.

- Cierto. Yo mismo escribí esa invitación. Pero fue a petición de uno de los miembros del directorio... un caballero muy educado y sociable, pero no un científico, no un miembro de la Academia.

Pinero exhibió su irritante sonrisa.

- ¿De veras? Debería haberlo supuesto. ¿Acaso fue el viejo Bidwell, el de la Unión de Seguros de Vida? ¿Tal vez esperaba que sus adiestradas focas demostraran que soy un fraude? Porque si yo puedo decirle a un hombre la fecha de su muerte, nadie va a comprar sus preciosas pólizas de seguro de vida. ¿Pero cómo pueden demostrar que soy un fraude, si primero no me escuchan? ¿Aun suponiendo que tengan la suficiente inteligencia como para comprenderme? ¡Bah! Han enviado chacales para vencer a un león. - Les volvió deliberadamente la espalda. Los murmullos de la concurrencia crecieron y adquirieron un tono amenazador. El presidente gritó en vano pidiendo orden. Alguien de la primera fila se levantó.

- ¡Señor presidente!

El presidente aprovechó la circunstancia y gritó:

- ¡Señores! El doctor Van Rheinsmitt tiene la palabra. - La agitación cedió.

El doctor carraspeo, se apartó un mechón de su hermoso pelo blanco y se metió una mano en el bolsillo de sus elegantes pantalones hechos a la medida. Asumió los modales de su club femenino.

- Señor presidente, compañeros miembros de la Academia de Ciencias, seamos tolerantes. Incluso un asesino tiene derecho a hablar antes de que la justicia le exija su tributo. ¿Vamos a ser nosotros menos? ¿Aunque todos estemos intelectualmente seguros del veredicto? Me gustaría garantizarle al doctor Pinero las mismas consideraciones que habitualmente dispensamos en esta augusta corporación a cualquier colega no afiliado a ella, incluso en el caso - hizo una ligera inclinación en dirección a Pinero - de que no nos sea familiar la universidad donde obtuvo su graduación. Si lo que tiene que decirnos es falso, no va a perjudicarnos. Y si lo que tiene que decir es cierto, deberíamos conocerlo. - Su suave y cultivada voz fluía suavemente, tranquila y apaciguadora -. Si los modales del eminente doctor nos parecen algo rústicos a nuestros paladares, debemos tener en cuenta que el

doctor tal vez proceda de un lugar, o de un estado social, no tan meticuloso en estos detalles. Nuestro buen amigo y benefactor nos ha pedido que escuchemos a esta persona y que sopesemos cuidadosamente los méritos de sus afirmaciones. Les pido que lo hagamos con dignidad y decoro.

Se sentó entre un estruendo de aplausos, consciente de que había reforzado su reputación de líder intelectual. Al día siguiente los periódicos mencionarían de nuevo el buen sentido y la persuasiva personalidad del «Presidente de Universidad Más Apuesto de América». ¿Quién sabe? Quizá el viejo Bidwell terminara concediendo aquella donación para la piscina.

Cuando cesaron los aplausos, el presidente se giró hacia el lugar donde estaba sentado el foco de la perturbación, con las manos cruzadas sobre su pequeña y oronda barriga y el rostro sereno.

- ¿Desea continuar, doctor Pinero?

- ¿Por qué debería hacerlo?

El presidente se alzó de hombros.

- Vino aquí para esto.

Pinero se levantó.

- Exacto. Exactísimo. Pero, ¿fui inteligente al venir? ¿Hay aquí alguien que tenga una mente abierta, que pueda enfrentarse cara a cara con un hecho desnudo sin enrojecer? Creo que no. Incluso ese apuesto caballero que acaba de pedirles que me escuchen ya me ha juzgado y condenado. Él busca el orden, no la verdad. Supongamos que la verdad desafía al orden; ¿la aceptará? ¿Lo harán ustedes? Creo que no. Pero por otro lado, si no hablo, ustedes obtendrán su victoria por omisión. El hombrecillo de la calle pensará que ustedes, hombrecillos, me han desenmascarado a mí, a Pinero, como a un embaucador, un farsante. Esto no va con mis planes. Así que hablaré.

»Repetiré mi descubrimiento. En lenguaje sencillo, he inventado una técnica para predecir cuán larga será la vida de un hombre. Puedo anunciarles por anticipado la llegada del Ángel de la Muerte. Puedo decirles cuándo el Camello Negro se arrodillará ante su puerta. En cinco minutos, con mi aparato, puedo decirles a cada uno de ustedes cuántos granos de arena quedan aún en su reloj. Hizo una pausa y cruzó los brazos sobre su pecho. Por un momento nadie habló. La audiencia empezó a inquietarse. Finalmente, el presidente intervino.

- ¿Ha terminado, doctor Pinero?

- ¿Qué más puedo decir aquí?

- No nos ha dicho cómo funciona su descubrimiento.

Pinero alzó las cejas.

- Está sugiriendo usted que exponga aquí los frutos de mi trabajo para que los niños jueguen con ellos. Es un conocimiento muy peligroso, amigo mío. Lo reservo para el hombre que sepa entenderlo, es decir, yo mismo - se golpeó el pecho.

- ¿Cómo podemos saber que hay realmente algo detrás de sus infundadas afirmaciones?

- Muy sencillo. Envíen a una comisión para observar mis demostraciones. Si funcionan, excelente. Ustedes las admiten y se lo comunican al mundo. Si no funcionan, yo quedo desacreditado y pido disculpas. También yo, Pinero, soy capaz de pedir disculpas.

Un hombre delgado y cargado de espaldas se levantó en el fondo de la sala. El presidente lo reconoció y le dio la palabra:

- Señor presidente, ¿cómo puede el eminente doctor proponer seriamente una tal prueba?

¿Acaso espera que aguardemos algo así como unos veinte o treinta años hasta que muera alguien y pruebe sus afirmaciones?

Pinero ignoró la presidencia y respondió directamente:

- ¡Puf! ¡Qué estupidez! ¿Es usted tan ignorante de las estadísticas que no sabe que en un grupo lo suficientemente numeroso hay al menos alguien que va a morir en un futuro muy inmediato? Le hago una proposición; déjeme probar con cada uno de ustedes, los que están reunidos en esta sala, y nombraré al hombre que morirá antes de quince días, sí, y el día y la hora de su muerte. - Miró desafiante a toda la sala -. ¿Aceptan?

Otra persona se puso en pie, un hombre corpulento que hablaba midiendo las sílabas.

- Yo, por mi parte, no puedo apoyar tal experimento. Como médico, he observado con dolor los claros indicios de profundos desarreglos cardíacos en algunos de nuestros colegas más ancianos. Si el doctor Pinero conoce esos síntomas, como es probable, y selecciona como víctima a uno de ellos, el hombre seleccionado tendrá muchas posibilidades de fallecer en el plazo previsto, tanto si el maravilloso aparato de nuestro distinguido orador funciona como si no.

Otro asistente se puso inmediatamente de su lado.

- El doctor Shepard tiene razón. ¿Por qué tenemos que perder tiempo con trucos de vudú? Creo que esa persona que se llama a sí mismo doctor Pinero desea utilizar esta corporación para dar autoridad a sus afirmaciones. Si participamos en esta farsa seguiremos su juego. Ignoro en qué consiste su fraude, pero puedo suponer que ha ideado alguna forma de utilizarlos como propaganda para sus planes. Señor presidente, ruego que procedamos de la forma acostumbrada.

La moción fue aceptada por aclamación, pero Pinero no se sentó. Entre gritos de «¡Orden! ¡Orden!», agitó su descuidada cabeza hacia ellos y dijo:

- ¡Bárbaros! ¡Imbéciles! ¡Estúpidos bobalicones! Vosotros sois quienes habéis bloqueado el reconocimiento de todos los grandes descubrimientos desde el principio de los tiempos. Una gentuza ignorante como vosotros haría removerse a Galileo en su tumba. Ese estúpido gordo de ahí abajo que se está hurgando los dientes se llama a sí mismo médico. ¡Curandero sería un término más adecuado! Ese personajillo calvo que está ahí... ¡sí, usted! Se considera un filósofo, y cacarea acerca de la vida y del tiempo sin ton ni son ¿Qué sabe usted de ambos? ¿Cómo podrá nunca aprender si se niega a examinar la verdad cuando le es presentada en bandeja? ¡Bah! - escupió al estrado -, Llaman a esto una Academia de Ciencias. Yo le llamo una convención de sepultureros, interesados tan sólo en embalsamar las ideas de sus valientes predecesores.

Hizo una pausa para tomar aliento, y fue agarrado por ambos lados por dos miembros de la presidencia y echado fuera del estrado. Varios periodistas se pusieron apresuradamente en pie de sus lugares en la mesa de la prensa y fueron a su encuentro. El presidente decretó un aplazamiento.

Los periodistas lo alcanzaron cuando salía por la puerta del escenario. Andaba con paso ligero y despreocupado, silbando una cancioncilla. No había en él el menor rastro de la beligerancia que había exhibido hacía un instante. Lo rodearon.

- ¿Nos concede una entrevista, doc?

- ¿Qué opina usted de la Educación Moderna?

- Los ha apabullado, doc. ¿Cuál es su opinión sobre la Vida después de la Muerte?

- Quítese el sombrero, doc, y mire al pajarito.

Pinero sonrió.

- Uno a uno, muchachos, y no tan aprisa. Yo también he sido periodista. ¿Qué tal si vienen a mi casa y hablamos de todo esto?

Unos pocos minutos más tarde estaban intentando hallar algún lugar libre para sentarse en el desordenado estudio-dormitorio de Pinero, mientras encendían sus cigarrillos. Pinero miró radiante a su alrededor.

- ¿Qué prefieren, muchachos? ¿Escocés o bourbon?

Una vez resuelto el problema, volvió al asunto que interesaba.

- Bueno, muchachos, ¿qué es lo que quieren saber?

- Díganoslo con franqueza, doc. ¿Ha descubierto usted algo, o no?

- Muchacho, claro que he descubierto algo.

- Entonces, díganos cómo funciona. Con lo que les ha dicho a los sesudos de ahí no va a ir a ninguna parte.

- Por favor, mi querido amigo. Es mi invento. Espero sacarle algo de dinero. ¿Quiere usted que se lo revele todo a la primera persona que me lo pregunte?

- Mire, doctor, tiene que decirnos algo si espera que saquemos alguna cosa en los periódicos de mañana. ¿Qué es lo que utiliza usted? ¿Una bola de cristal?

- No, nada de eso. ¿Les gustaría ver mi aparato?

- Por supuesto. Al menos ya tendremos algo.

Los llevó hasta la habitación contigua, y extendió la mano.

- Aquí está, muchachos. - El conjunto del equipo que apareció ante sus ojos se parecía vagamente a los aparatos de rayos X que utilizan los médicos en sus consultorios. Más allá del hecho evidente de que funcionaba con electricidad, y que algunos de los diales estaban calibrados en términos familiares, una primera inspección no dejaba entrever cuál era su uso.

- ¿Bajo qué principio funciona, doc?

Pinero frunció los labios y se quedó pensativo.

- Imagino que todos ustedes estarán familiarizados con el axioma de que la vida es eléctrica por naturaleza. Bien, pues ese axioma no vale un pimiento, pero nos ayudará a proporcionarles una idea del principio. Ustedes han oído decir también que el tiempo es una cuarta dimensión. Quizá lo crean, quizá no. Es algo que se ha dicho tantas veces que ha dejado de tener significado. Es un simple cliché que emplean los charlatanes para

impresionar a los tontos. Pero ahora deseo que intenten visualizarlo y sentirlo de una forma emocional.

Avanzó hacia uno de los reporteros.

- Supongamos que lo tomamos a usted como ejemplo. Se llama Rogers, ¿verdad? Muy bien, Rogers, usted es un fenómeno espaciotemporal cuya duración se extiende a través de cuatro dimensiones. No llega usted a un metro ochenta de altura, tiene usted unos cuarenta y cinco centímetros de ancho y quizá veinte de grueso. En el tiempo, hay tras de usted una cierta cantidad de este fenómeno espaciotemporal que se prolonga quizá hasta 1916, y del cual vemos una sección transversal que forma un ángulo recto con el eje del tiempo, del grosor del presente. En su extremo más alejado hay un bebé, oliendo a leche agria y echándose encima el desayuno de su biberón. En el otro extremo yace, quizás, un hombre viejo en algún lugar de los años ochenta. Imaginemos este fenómeno espaciotemporal al que llamamos Rogers como un largo gusano rosado, continuo a través de los años, con un extremo en el seno de su madre y el otro en la tumba. Se extiende aquí junto a nosotros, y la sección transversal que podemos ver se nos aparece como un cuerpo normal y corriente. Pero esto es una ilusión. En este gusano rosado hay una continuidad física, que permanece a través de los años. En realidad esta continuidad física es un concepto común a toda la raza, ya que esos gusanos rosados surgen de otros gusanos rosados. De este modo la raza es como una enredadera cuyas ramas se entrelazan y dan nacimiento a otros vástagos. Tan sólo efectuando una sección transversal de esta enredadera podríamos caer en el error de creer que los vástagos son individuos independientes.

Hizo una pausa y miró a los rostros reunidos a su alrededor. Uno de ellos, un tipo recio y hosco, intervino:

- Todo esto es muy hermoso, Pinero, si es cierto, pero ¿adónde quiere ir a parar?

Pinero le dedicó una sonrisa totalmente exenta de todo resentimiento.

- Paciencia, amigo mío. Les pedí que pensaran en la vida como en algo eléctrico. Ahora piensen en nuestro largo gusano rosado como en un conductor de electricidad. Habrán oído, quizá, que los ingenieros eléctricos pueden, a través de ciertas mediciones, predecir la exacta localización de una ruptura en un cable trasatlántico sin necesidad de abandonar la tierra firme. Yo hago lo mismo con nuestros gusanos rosados. Aplicando mis instrumentos a la sección transversal presente en esta habitación, puedo decir cuándo se produce la

ruptura, es decir, cuándo ocurre la muerte. O, si lo prefieren, puedo invertir las conexiones y decirles la fecha de su nacimiento. Pero esto último no tiene el menor interés: todos ustedes la conocen.

El individuo hosco se echó a reír.

- Le he pillado, doctor. Si lo que ha dicho usted de la raza como una enredadera de gusanos rosados es cierto, no puede usted señalar las fechas de los nacimientos debido a que la conexión con la raza es continua en el momento del nacimiento. Su conductor eléctrico se extiende ininterrumpidamente hacia atrás, a través de la madre, hasta los más remotos antepasados del individuo.

Pinero estaba radiante.

- Cierto, y muy agudo, amigo mío. Pero usted ha llevado la analogía demasiado lejos. Esto no funciona exactamente del mismo modo a como se mide la longitud de un conductor eléctrico. De algún modo es más bien como medir la longitud de un largo corredor haciendo rebotar un eco desde su extremo más alejado. El nacimiento aquí es como un recodo en el corredor, y con las mediciones adecuadas, puedo detectar el eco de este recodo. Sólo hay un caso en el que no puedo precisar la lectura; cuando una mujer está embarazada, no puedo diferenciar su línea de la vida de la del niño aún no nacido.

- Veamos si puede demostrarlo.

- Por supuesto, mi querido amigo. ¿Quiere ser usted el sujeto de la prueba?

Uno de los presentes se echó a reír.

- Has metido la pata, Luke. Acepta o cállate.

- Acepto. ¿Qué es lo que debo hacer?

- Escriba primero la fecha de su nacimiento en un trozo de papel, y entrégueselo a alguno de sus colegas.

Luke hizo lo solicitado.

- ¿Y ahora qué?

- Quítese la ropa menos la interior y súbase a esta báscula. Ahora dígame, ¿ha estado alguna vez mucho más delgado, o mucho más gordo, de lo que está ahora? ¿No? Cuánto pesó al nacer? ¿Cuatro kilos y medio? Un hermoso bebé. Ahora ya no nacen tan grandes.

- ¿Qué significa toda esta palabrería?

- Estoy intentando aproximarme a la sección transversal media de nuestro largo gusano rosado conductor, mi querido Luke. Ahora siéntese aquí, Luego colóquese este electrodo en la boca. No, no le hará daño el voltaje es muy bajo, menos de un microvoltio, pero necesito establecer una buena conexión. - El doctor lo dejó y se dirigió a la parte trasera de su aparato, donde metió la cabeza en una especie de amplia caperuza antes de tocar sus controles. Algunos de los diales que estaban a la vista cobraron vida, y un suave zumbido surgió de la máquina. Luego cesó, y el doctor emergió de su pequeño escondrijo.

- Me ha dado un día de febrero del 1912. ¿Quién tiene el papel con la fecha?

Apareció, y lo desdoblaron. El que lo custodiaba leyó:

- 22 de febrero de 1912.

El silencio que siguió fue roto por una voz a un lado del pequeño grupo.

- Doc, ¿puedo tomar otra copa?

La tensión se relajó, y empezaron a hablar todos a la vez.

- Pruébelo conmigo, doc.

- Yo primero, doc. Soy huérfano, y la realidad es que me gustaría saberlo.

- Díganos como lo ha hecho, doc. Ande, cuéntenos algo.

Pinero accedió sonriente, metiéndose y saliendo de la caperuza como un conejo de su madriguera. Cuando todos ellos tuvieron el pedazo de papel que demostraba la habilidad del doctor, Luke rompió un largo silencio:

- ¿Qué tal si nos demuestra cómo predice la muerte, Pinero?

- Si ustedes quieren. ¿Quién desea probarlo?

Nadie respondió. Algunos codearon a Luke.

- Adelante, chico listo. Tú lo pediste.

Luke dejó que lo sentaran de nuevo en la silla. Pinero giro algunos de los conmutadores, luego se metió en la caperuza. Cuando se detuvo el zumbido, salió, frotándose enérgicamente las manos.

- Bueno, eso es todo, muchachos. ¿Tienen bastante para sus artículos?

- Hey, ¿y qué ocurre con la predicción? ¿Cuándo la palmará Luke?

Luke se puso frente a él.

- Sí, ¿cuándo? ¿Cuál es su respuesta?

Pinero parecía apenado.

- Señores, me sorprenden. Esta información no es gratuita. Además, es un secreto profesional. No puedo comunicársela a nadie excepto al propio valiente que me consulta.

- No me importa. Adelante, dígaselo.

- Lo siento realmente. Tendría que negarme, de veras. Acepté tan sólo a mostrarles cómo funcionaba, no a darles los resultados.

Luke tiró al suelo la colilla de su cigarrillo.

- Es un timo, muchachos. Seguramente se enteró de la edad de todos los periodistas de la ciudad tan sólo para asombrarnos. Se le ha visto el truco, Pinero.

Pinero se lo quedó mirando tristemente.

- ¿Es usted casado, amigo?

- No.

- ¿No hay nadie que dependa de usted? ¿Ningún pariente próximo?

- No. ¿Por qué, piensa usted adoptarme?

Pinero agitó tristemente la cabeza.

- Lo siento por usted, querido Luke. Morirá antes de mañana.

REUNIÓN CIENTÍFICA QUE TERMINA EN TUMULTO.

LOS SABIOS ATACAN LAS AFIRMACIONES DE UN VIDENTE.

LA MUERTE PISA LOS TALONES AL RELOJ.

UN PERIODISTA MUERE TRAS LA PREDICCIÓN DEL DOCTOR.

«FRAUDE», AFIRMA UNA PERSONALIDAD CIENTÍFICA.

«...a los veinte minutos de la extraña predicción de Pinero, Timons sufrió un colapso cuando caminaba Broadway abajo, en dirección a las oficinas del Daily Herald, donde estaba empleado.

»El doctor Pinero declinó hacer ningún comentario, pero confirmó la historia de que había predicho la muerte de Timons por medio de lo que él llamó su cronovítmetro. El Jefe de la Policía, Roy...»

¿Le preocupa el futuro?

No gaste su dinero en adivinos.

Consulte al doctor Hugo Pinero,
bioconsultante que le ayudará a planear su futuro
a través de métodos científicos infalibles.

Nada de trucos.

Nada de mensajes espiritistas.

Han sido depositados 10.000 dólares como fianza
para responder de la Veracidad
de nuestras predicciones.

Se enviará folleto a quien lo solicite.

LAS ARENAS DEL TIEMPO, Inc.

Edif. Majestic, suite 700

Aviso LEGAL

A quien puede interesar: yo, John Cabot Winthrop III, de la firma Winthrop, Winthrop, Ditmars & Winthrop, Abogados, afirmo que Hugo Pinero, de esta ciudad, me entregó diez mil dólares en moneda de curso legal en los Estados Unidos, dándome las instrucciones necesarias para que los guarde en depósito en la caja fuerte de un banco de mi elección, bajo las siguientes condiciones:

La totalidad de dicha suma constituye una fianza, y en consecuencia será pagada al primer cliente de Hugo Pinero o Las Arenas del Tiempo, Inc. cuya vida exceda el tiempo predicho por Hugo Pinero en un uno por ciento, o a los herederos del primer cliente que no alcance el tiempo predicho, sea lo que sea lo que ocurra en primer lugar.

Hago constar que en este día deposito dicha fianza junto 22 con las antedichas instrucciones en el First National Bank de esta ciudad.

Firmado y rubricado,

John Cabot Winthrop III

Por reconocimiento de la firma que antecede, a 2 de abril de 1951.

Albert M. Swanson,

Notario Público de este distrito y estado. Mi comisión expira el 17 de junio de 1951.

«¡Buenas noches, señoras y señores radioyentes, dejemos paso a la prensa! Un avance de última hora. Hugo Pinero, el Hombre Milagro Venido de Ninguna Parte, ha hecho su predicción de muerte número mil sin que hasta ahora haya aparecido ningún reclamante de la fianza que depositó para entregar al primero que pueda demostrar que se ha equivocado. Tras el fallecimiento de trece de sus clientes, se da ya por matemáticamente seguro que está en comunicación por línea privada con la oficina principal del Viejo de la Guadaña. He aquí una noticia que yo nunca querré saber antes de que ocurra. Su corresponsal de costa a costa no va a hacerse cliente del Profeta Pinero...»

La aguda voz de barítono del juez resonó en el viciado aire del tribunal.

- Por favor, señor Weems, volvamos a nuestro asunto Este tribunal accedió a su solicitud de una restricción temporal de las actividades del encartado, y ahora pide usted que esta restricción se convierta en permanente. En refutación, el señor Pinero alega que su causa carece de fundamento y pide que sea levantado el interdicto, y que yo ordene a su cliente que deje de intentar interferir con lo que Pinero describe como un simple negocio legal. Puesto que no se está dirigiendo usted a un jurado. le ruego que omita la retórica y me diga en lenguaje sencillo por qué no puedo acceder a esa petición.

El señor Weems agitó nerviosamente un músculo de su mandíbula, haciendo agitarse su fláccida papada gris sobre su alto cuello duro. y resumió

- Con la venia del honorable tribunal, yo represento al público.

- Un momento. Creí que representaba usted a la Unión de Seguros de Vida.

- Así es, su señoría, hasta un cierto punto. En un sentido más amplio represento a algunas otras de las más importantes compañías de seguros, instituciones fiduciarias y financieras, y a sus accionistas y asegurados, que constituyen la mayoría de los ciudadanos de este país. Además, creemos proteger los intereses de la población en general; desorganizada, inarticulada, y por ello desprotegida.

- Imaginaba que era yo quien representaba al público - observó secamente el juez -. Me temo que voy a tener que considerarle únicamente como representante de su cliente. Pero continúe: ¿cuál es su tesis?

El viejo abogado hizo un esfuerzo por engullir su nuez de Adán y empezó de nuevo:

- Señoría, afirmamos que existen dos razones distintas para que este interdicto se convierta en permanente y, además, que cada una de estas dos razones es suficiente por sí misma. En primer lugar, esta persona se dedica a la práctica de la adivinación, una ocupación proscrita tanto por el derecho común como por el consuetudinario. Es un vulgar decidor de buenaventura, un charlatán vagabundo que se aprovecha de la credulidad del público. Es más listo que los habituales gitanos que leen la palma de la mano, los astrólogos o los vulgares echadores de cartas, pero por ello mismo resulta mucho más peligroso. Pretende rodearse de modernos métodos científicos para dar una falsa dignidad a su taumaturgia. Tenemos aquí en este tribunal eminentes representantes de la Academia de Ciencias que están dispuestos a testificar acerca de lo absurdo de sus pretensiones.

»En segundo lugar, aun en el caso de que lo que afirma esta persona sea cierto, y aceptando tal absurdo tan sólo para el desarrollo de mi argumentación - el señor Weems se permitió que una débil sonrisa aflorara a sus delgados labios -, afirmamos que sus actividades son contrarias al interés público en general, y atentan ilegalmente contra los intereses de mi cliente en particular. Estamos preparados para presentar numerosos documentos, con sus pruebas correspondientes, que demuestran que esta persona publicó, o hizo publicar, manifestaciones animando a la gente a prescindir del inapreciable don de los seguros de vida, con gran detrimento de su bienestar y perjuicio económico de mi cliente.

Pinero se levanto de su asiento.

- Señoría, ¿puedo decir algunas palabras?

- ¿De qué se trata?

- Creo que puedo simplificar la situación si se me permite efectuar un breve análisis.

- Señoría - interrumpió Weems -, esto es altamente irregular.

- Paciencia, señor Weems. Sus intereses serán protegidos. Mi opinión es que necesitamos más luz y menos ruido en este asunto. Si el doctor Pinero puede abreviar los procedimientos con su declaración, me inclino a escucharle. Adelante, doctor Pinero.

- Gracias, Señoría. Tomando para empezar el último punto del señor Weems, estoy dispuesto a declarar que publiqué las manifestaciones a que hace referencia...

- Un momento, doctor. Ha elegido usted actuar como su propio abogado. ¿Está usted seguro de su competencia para proteger sus propios intereses?

- Estoy dispuesto a correr el riesgo, Señoría. Nuestros amigos aquí presentes pueden probar fácilmente lo que he estipulado.

- Muy bien. Puede proseguir.

- Aceptaré que muchas personas han anulado sus pólizas de seguro de vida como resultado de ello, pero les desafío a que me muestren que alguna de las que así han actuado ha sufrido alguna pérdida o daño por ello. Es cierto que la Unión ha visto decrecer su negocio a raíz de mis actividades, pero esto es un resultado natural de mi descubrimiento, que ha hecho que sus pólizas se conviertan en algo tan en desuso como el arco y las flechas. Si por este motivo se me prohíbe ejercer mis actividades, entonces crearé una fábrica de quinqués, y luego pondré un interdicto contra las compañías Edison y General Electric para que se les prohíba fabricar bombillas de incandescencia.

»Acepto que me dedico al negocio de predecir la muerte, pero niego que esté practicando ningún tipo de magia, blanca, negra o con los colores del arco iris. Si hacer predicciones a través de métodos rigurosamente científicos es ilegal, entonces los actuarios de la Unión son culpables de haber estado prediciendo durante años el porcentaje exacto de muertes que se producirían cada año en un grupo determinado de personas lo suficientemente amplio. Yo predigo la muerte al detalle; la Unión la predice al por mayor. Si sus acciones son legales, ¿cómo pueden ser ilegales las mías?

»Admito que hay una diferencia en saber si puedo hacer lo que pretendo o no; e imagino que los que se proclaman a sí mismos testigos expertos de la Academia de Ciencias testificarán que no puedo. Pero ellos no saben nada de mi método y no pueden por lo tanto dar ningún testimonio válido al respecto...

- Un momento, doctor. Señor Weems, ¿es cierto que sus testigos expertos no están al corriente de la teoría y métodos del doctor Pinero?

El señor Weems parecía contrariado. Tamborileó con los dedos encima de la mesa y respondió:

- ¿Me concede este tribunal unos minutos de interrupción?

- Por supuesto.

El señor Weems celebró una apresurada consulta en voz muy baja con sus acompañantes, luego regresó al estrado.

- Tenemos un nuevo procedimiento que sugerir, Señoría. Si el doctor Pintero acepta explicar aquí la teoría y práctica de lo que él llama su método, entonces estos distinguidos científicos serán capaces de aconsejar al Tribunal acerca de la validez de sus afirmaciones.

El juez miró interrogativamente a Pintero, que respondió:

- No accederé de buen grado a eso. Tanto si mi procedimiento es cierto como si es falso, sería peligroso que cayera en manos de imbéciles y curanderos - hizo un gesto con su mano en dirección al grupo de profesores sentados en primera fila, marcó una pausa y sonrió maliciosamente - ...como esos caballeros saben muy bien. Además, no es necesario conocer el proceso para probar si funciona. ¿Es necesario comprender el complejo milagro de la reproducción biológica para observar cómo una gallina pone un huevo? ¿Será necesario que yo reeduce a todo este cuerpo de autonombrados guardianes del saber, curarlos de sus supersticiones innatas, para probar que mis predicciones son correctas? En ciencia sólo hay dos maneras de formarse una opinión. Una es el método científico; la otra, la escolástica. Se puede juzgar a partir de la experimentación, o aceptar ciegamente una autoridad. Para la mente científica, lo más importante es la prueba experimental, y la teoría es tan sólo una conveniencia descriptiva, a desechar cuando ya no nos sirva. Para la mente académica, la autoridad lo es todo, y los hechos son desechados cuando no concuerdan con la teoría dictada por las autoridades.

»Es este punto de vista, las mentalidades académicas aferrándose como ostras a teorías aún no probadas, lo que ha bloqueado todos los avances del conocimiento a lo largo de la historia. Estoy dispuesto a probar mi método experimentalmente y, como Galileo frente a otro tribunal, insisto en decir: ¡Y sin embargo se mueve!

»En otra ocasión ofrecí la misma prueba a la misma corporación de autonombrados expertos, y fue rechazada. Renuevo mi oferta; déjenme medir la duración de la vida de los miembros de la Academia de Ciencias. Y dejemos que ellos nombren un comité para juzgar los resultados. Depositaré mis predicciones en dos juegos de sobres cerrados; en el exterior de cada sobre de uno de los juegos figurará el nombre de un miembro, y en el interior la fecha de su muerte. En el interior de los sobres del otro juego pondré los nombres, y en el exterior las fechas. Que el comité se haga cargo de todos los sobres, y se reúna periódicamente para abrir los que correspondan. En una corporación con tantos miembros es de esperar que ocurran algunas defunciones, si hay que creer en los actuarios de la

Unión, cada una o dos semanas. De este modo se podrán acumular muy rápidamente los datos que prueben si Pinero es un embustero o no.»

Se detuvo, y sacó un diminuto pecho que era casi igual a su diminuta panza. Miró socarronamente a los sabios.

- ¿Y bien?

El juez alzó las cejas y observó la mirada del señor Weems.

- ¿Acepta usted?

- Señoría, creo que esta proposición es muy improcedente...

- Le advierto - cortó bruscamente el juez - que procederé contra usted si se niega a aceptarla o no propone otro método igualmente razonable para alcanzar la verdad.

Weems abrió la boca, cambió de pensamiento, miró de arriba a abajo los rostros de los testigos expertos, y se giró hacia el tribunal.

- Aceptamos, Señoría.

- Muy bien. Arreglen los detalles entre ustedes. Queda levantado el interdicto, y el doctor Pinero no debe ser molestado en el ejercicio de su profesión. Mi decisión acerca de la petición de inhabilitación permanente queda postergada hasta que se reúnan todas las pruebas. Antes de dejar el asunto, desearía comentar la teoría expuesta por usted, señor Weems, cuando dijo que su cliente había resultado perjudicado. Es un sentimiento creciente entre algunos grupos de este país la noción de que cuando un hombre o una compañía han sacado un beneficio del público durante un cierto número de años, el gobierno y los tribunales tienen el deber de salvaguardar esos beneficios en el futuro, incluso frente a circunstancias de cambio y contra el interés público. Esta extraña doctrina no se halla apoyada por la constitución ni por las leyes vigentes. Ni los individuos ni las corporaciones tienen el menor derecho de acudir a los tribunales y exigir que el reloj de la historia sea detenido, o retrasado, en beneficio particular suyo. Eso es todo.

Bidwell gruñó disgustado.

- Weems, si no puede usted pensar en algo mejor que en eso, la Unión va a necesitar muy pronto otro abogado que le sustituya. Hace diez semanas desde que perdimos el interdicto, y esa pequeña babosa está ganando dinero a puñados, mientras las compañías de seguros del país van quebrando una tras otra. Hoskins, ¿cuál es el índice de nuestras pérdidas?

- Es difícil saberlo, señor Bidwell. Las cosas van peor cada día. Hemos cancelado trece pólizas muy importantes esta semana; todas ellas desde que Pinero ha iniciado de nuevo sus operaciones.

Un hombrecillo delgado pidió la palabra.

- Como sabe muy bien, Bidwell, no aceptamos nuevas pólizas para la Unión hasta haber comprobado y estar seguros de que el solicitante no ha consultado antes a Pinero. ¿No podemos esperar hasta que los científicos la desenmascaren?

- ¡Maldito optimista! - gruñó Bidwell -. No lo van a desenmascarar, Aldrich ¿no puede usted enfrentarse a la realidad? Esa pequeña babosa gorda ha descubierto algo; no sé cómo. Hay que luchar hasta el final. Si esperamos, estamos perdidos, - Arrojó con fuerza su cigarro a la escupidera y mordió salvajemente otro que se sacó del bolsillo -. ¡Vamos, lárguense de aquí, todos ustedes! Haré las cosas a mi manera. Usted también, Aldrich. La United puede esperar, pero nosotros no.

Weems carraspeo aprensivamente.

- Señor Bidwell, confío en que me consultará antes de embarcarse en algún cambio importante en la política de la compañía.

Bidwell gruñó. Los demás fueron marchándose. Cuando todos se hubieron ido y la puerta se cerró tras ellos, Bidwell hizo girar el contacto del intercomunicador.

- Adelante, hágalo pasar.

La puerta se abrió; una apuesta y delgada figura se recortó por unos momentos en el umbral. Sus pequeños ojos oscuros recorrieron rápidamente la habitación antes de entrar, luego se acercó a Bidwell con un paso rápido y suave. Habló con una voz llana y desprovista de emoción. Su rostro permanecía impassible excepto por la vida que se reflejaba en sus ojos de animal.

- ¿Deseaba hablar conmigo?

- Sí.

- ¿Cuál es la proposición?

- Siéntese, y hablaremos.

Pinero recibió a la joven pareja en la puerta de su oficina interior.

- Adelante, amigos, adelante. Siéntense. Como si estuvieran en su casa. Y ahora díganme, ¿qué puede hacer por ustedes Pinero? Seguro que una pareja tan joven como ustedes no estará ansiosa por saber la fecha de su partida de este valle de lágrimas.

El rostro juvenil y honesto del muchacho mostraba una ligera confusión.

- Bueno, veré, doctor Pinero. Me llamo Ed Hartley, y ésta es mi esposa, Betty. Estamos esperando... es decir, Betty está esperando un niño y, bueno...

Pinero sonrió bonachonamente.

- Entiendo. Quieren saber cuánto tiempo van a vivir para arreglar las cosas del mejor modo posible para el niño. Muy juicioso. ¿Desean una predicción para ambos, o sólo para usted?

- Pensamos que para ambos - respondió la chica.

Pinero la miró radiante.

- Estupendo. De acuerdo. Su predicción presentará algunas dificultades técnicas por su estado, pero puedo proporcionarle ahora alguna información, y el resto más tarde, cuando el bebé haya nacido. Pasen ahora a mi laboratorio, queridos, y empezaremos. - Redactó sus fichas clínicas, luego los introdujo a su gabinete -. La señora Hartley primero, por favor. Si quiere situarse tras esa cortina y quitarse el vestido y los zapatos. Recuerde que soy un hombre viejo, y que me consulta como si fuera su médico.

Se giró hacia un lado y efectuó algunos pequeños ajustes en su aparato. Ed hizo una seña con la cabeza a su esposa, y ésta surgió de detrás de la cortina casi de inmediato, vestida tan sólo con dos trocitos de seda. Pinero la miró y notó el frescor juvenil de su rostro y su conmovedora timidez.

- Por aquí, querida. Primero tengo que pesarla. Aquí. Ahora colóquese sobre esta plataforma. Póngase este electrodo en la boca. No, Ed, no puede tocarla mientras ella está en circuito. No tardaremos ni un minuto. Permanezca quieta.

Se metió bajo la capucha de la máquina, y los diales cobraron vida. Casi inmediatamente volvió a salir, con una trastornada expresión en su rostro.

- ¿La ha tocado usted, Ed?

- No, doctor.

Pinero regresó al aparato, y permaneció oculto algo más de tiempo. Cuando salió esta vez, le dijo a la muchacha que bajara de la plataforma y se vistiera. Se giró hacia su marido.

- Ed, ahora le toca a usted.

- ¿Cuál es la lectura para Betty, doctor?

- Hay una pequeña dificultad. Quiero examinarle a usted primero.

Cuando reapareció, después de haber hecho la lectura del joven, su rostro parecía más trastornado que antes. Ed le preguntó qué era lo que le preocupaba. Pinero se alzó de hombros y consiguió que de sus labios brotara una sonrisa.

- Nada que pueda preocuparle a usted, muchacho. Un pequeño desajuste mecánico, supongo. Pero no podré darles los resultados hoy. Tengo que echarle un vistazo a la máquina. ¿Pueden volver mañana?

- Bueno, creo que sí, siento lo de su máquina. Espero que no sea nada serio.

- No lo es, estoy seguro. ¿Quieren pasar a mi despacho, y charlaremos un poco?

- Gracias, doctor. Es usted muy amable,

- Pero Ed, tengo que verme con Ellen.

Pinero concentró toda la fuerza de su personalidad sobre ella.

- ¿No me concederá unos pocos instantes, querida señorita? Soy viejo, y me gusta el burbujeo de la compañía de la gente joven. Puedo disfrutarlo tan pocas veces. Por favor.

Los empujó suavemente hacia su oficina y les hizo sentarse. Luego encargó limonada y pastelillos, les ofreció cigarrillos, y él encendió un cigarro.

Cuarenta minutos más tarde Ed escuchaba casi en trance, mientras Betty daba evidentes muestras de nerviosismo y de deseos de irse, mientras el doctor les contaba sus aventuras en la Tierra del Fuego, de cuando era joven. Cuando el doctor hizo una pausa para volver a encender su cigarro, ella se puso en pie.

- Doctor, de veras tenemos que irnos. ¿Nos contará el resto mañana?

- ¿Mañana? No habrá tiempo mañana.

- Pero hoy usted tampoco lo tiene. Su secretaria lo ha llamado cinco veces,

- ¿No pueden concederme aunque sea tan sólo unos pocos minutos más?

- Realmente hoy no podemos, doctor. Tengo una cita. Me están esperando.

- ¿No hay forma de convencerla?

- Me temo que no. Vamos, Ed.

Cuando se hubieron ido, el doctor se dirigió a la ventana y miró a la calle. Poco después divisó dos diminutas figurillas que salían del edificio de oficinas. Las contempló mientras se dirigían apresuradamente hacia la esquina, aguardaban a que cambiara el semáforo, y

luego empezaban a cruzar la calle, cuando estaban en medio le llegó el aullido de una sirena. Las dos figurillas vacilaron, retrocedieron, se detuvieron, se giraron. Y el coche ya estaba sobre ellos. Cuando el coche consiguió detenerse, estaban al otro lado, no ya como dos figurillas, sino simplemente como un montón inmóvil de ropas revueltas.

El doctor se apartó de la ventana. Tomó el teléfono y llamó a su secretaria.

- Anule mis visitas para el resto del día... No.. A nadie... No me importa; anúlelas.

Luego se hundió en su sillón. Su cigarro se apagó. Mucho rato después de que hubiera oscurecido aún lo sostenía entre sus dedos, apagado.

Pinero se sentó ante la mesa y contempló la comida de gourmet dispuesta ante él. Había encargado aquella comida con un cuidado especial, y había regresado a casa un poco más temprano que de costumbre a fin de disfrutarla por completo.

Cuando hubo terminado paladeó unos sorbos de Fiori d'Alpini, dejándolos resbalar por su lengua y luego a lo largo de su garganta. El denso y fragante licor calentó su boca, y le hizo recordar las florecillas de montaña cuyo nombre llevaba. Suspiró. Había sido una buena comida, una exquisita comida que había justificado aquel exótico licor. Su meditación fue interrumpida por una discusión en la puerta delantera. La voz de su anciana doncella parecía estar reprendiendo a alguien. Una fuerte voz masculina la interrumpió. La conmoción atravesó el vestíbulo, y la puerta del comedor se abrió de golpe.

- ¡Madonna! ¡Non si puo entrare! ¡El maestro está comiendo!

- No importa, Ángela Tengo tiempo para recibir a estos caballeros. Pueden pasar. - Pinero hizo frente al ceñudo portavoz de los intrusos -. Desean hablar conmigo, ¿verdad?

- Otra cosa es lo que queremos hacer. Las personas decentes están ya hartas de sus malditas supercherías.

- ¿Y eso?

El que había hablado no respondió inmediatamente. Un individuo más pequeño y vivaracho salió de detrás de él y se enfrentó a Pinero.

- Podemos empezar cuando quieran. - El presidente del comité metió la llave en la cerradura de la cajita fuerte y la abrió -. Wenzell, ¿quiere ayudarme a coger los sobres?

Alguien lo interrumpió tocándole el brazo.

- Doctor Baird, lo llaman por teléfono.

- Está bien. Diga que me traigan aquí el aparato.

Cuando lo tuvo a su lado descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

- ¿Sí?... Sí, al habla... ¿Qué?... No, no sabíamos nada... Entiendo, destruida la máquina...

¡Muerto!... ¿Cómo?... No, ninguna declaración. Ninguna en absoluto... Más tarde.

Colgó bruscamente el aparato y lo apartó.

- ¿Qué ocurre? ¿Quién ha muerto ahora?

Baird levantó una mano,

- ¡Calma, caballeros, por favor! Pinero acaba de ser asesinado hace unos momentos, en su casa.

- ¿Asesinado?

- Eso no es todo. Casi al mismo tiempo unos vándalos penetraron en su oficina y destruyeron su aparato.

Por un momento nadie habló. Los miembros del comité se miraron unos a otros. Nadie parecía ansioso de hacer el primer comentario.

Finalmente, uno dijo:

- Sáquelo.

- ¿Que saque que?

- El sobre de Pinero. Está también ahí. Yo lo he visto.

Baird lo encontró y lo abrió lentamente. Desdobló la única hoja de papel que contenía y la examinó.

- ¿Bien? ¿Qué dice?

- A la una y trece de la tarde... de hoy.

Hubo un largo silencio. Aquella calma dinámica fue rota por un miembro al otro lado de la mesa, que intentó alcanzar la cajita fuerte. Baird interpuso una mano.

- ¿Qué quiere usted hacer?

- Mi predicción.. está aquí... todas las nuestras están aquí.

- Si, sí. Están todas, Veámoslas.

Baird puso ambas manos sobre la caja. Sostuvo la mirada del hombre que tenía frente a él, pero no habló. Humedeció sus labios. La comisura de su boca se crispó. Sus manos temblaron. Pero no dijo nada. El hombre que tenía frente a él volvió a sentarse.

- Tiene usted razón, desde luego - dijo.

- Tráiganme el cesto de los papeles. - La voz de Baird era baja y contenida, pero firme.

Lo tomó, y arrojó su contenido a la alfombra. Colocó el cesto metálico sobre la mesa, ante él. Rasgó media docena de sobres, les prendió fuego, y los arrojó al cesto. Luego siguió rasgando los demás, de dos en dos, alimentando así el fuego. El humo le hacía toser y de sus parpadeantes ojos chorreaban lágrimas. Alguien se levantó y abrió una ventana. Cuando hubo terminado, apartó el cesto y dijo:

- Me temo que he echado a perder la superficie de la mesa.

ROBERT HEINLEIN

Escritor norteamericano de ciencia-ficción nacido en Butler (Missouri). Estudió en la Universidad de Missouri y en la academia Naval de Estados Unidos. Más tarde estudió Física y Matemáticas en UCLA. Tras abandonar el ejército debido a una enfermedad y desempeñar varios trabajos consiguió publicar su primer relato La línea de la vida (1939).

Heinlein es considerado como un buen narrador que acertó a llenar sus relatos de una equilibrada mezcla de varios elementos que los hacen tan amenos como científicamente impecables. Fue el primer autor que consiguió ganarse la vida exclusivamente escribiendo ciencia-ficción. Falleció el 8 de Mayo de 1988, el mismo año que en una encuesta del fanzine Locus, se le consideró el mejor escritor de ciencia-ficción de todos los tiempos, por delante de autores como Isaac Asimov o Arthur C. Clarke.

[Al INDICE](#)

4. CUENTO MADE IN CUBA : Mi última cita en Manglar.

Por Gabriel Gil.

A Gisela y R. E. Bourgeois que permitieron una lectura anticipada y preferencial de Bosque...

Manos que sudan. Lagrimales húmedos. escozor por todo el cuerpo. Nauseas. Todo se repite una y otra vez hasta que salgo del salto. Son los síntomas, mis síntomas, clásicos. Siempre que entro en la cabina sucede. Es sicosomático, lo sé. No es nada tranquilizador para mí lanzarme a un mundo abstracto como el ciberespacio y tomar la Grieta hacia el hiper, y luego dirigirme sin defasaje temporal ni demora hacia cualquier lugar del universo cuyas coordenadas conozca. Digamos que es un periplo peligroso; y que hay vértigo cuando la IA procede a digitalizar, cuando la Grieta absorbe tu cuerpo informático, y cuando regresas al Universo. No son sensaciones que desearía a nadie, realmente. Siempre tengo malos pensamientos al respecto. Sí ya sé, si las cosas salen mal pueden clonarme a partir de las muestras de ADN y una autoimagen (fenotípica y mnemónica) fósil que mi mente cibernética despide si resulta disociada en el ciber. Pero no me confío de ese “seguro”. Y tampoco del propio salto. Pero debo hacerlo si quiero ver Thaná, mi novia.

Ella no puede hacer los saltos. No tenemos suficiente dinero para encargar cabinas extragrandes, ni para alquilar los equipos de replantación, ni para comprar los terrenos aquí en la Tierra dónde pueda afincarse y beber de nuestro Sol. Es siempre así con los organismos vegetales de Cancri. Tan discriminados, condenados al ostracismo de las demás formas de vida por sus diferentes capacidades motoras y su enorme tamaño. Pero de

cualquier modo, si sus limitaciones fisiológicas no fuesen un problema, no sé si Thana, mi querida Thana, aceptase mi invitación de vivir juntos apenas un verano terrestre. Ella tiene gustos extravagantes de alimentos que sólo el suelo de Manglar puede proveer.

En fin, ella es la dama. La tradición galáctica dicta que los machos debemos ir a visitar a las damas y no a la inversa. De otro modo, sería una descortesía. Bueno, excepto en el caso de los vermiformes de Mar que son hembras un instante, y al otro, varones, en dependencia de las variantes climáticas. Pero no es el caso. Así pues, tengo que pasar por el dichoso salto. ¡De una vez!

No paso, y... no paso. Llevo cinco minutos delante de la compuerta de la cabina y aún no paso. Esto es de locos, de veras, debo ir a un psiquiatra lo antes posible. Pero bueno, basta. Enfrentaré mis temores. Voy a entrar.

-Hey, hay una fila. ¡Vamos!-grita alguno de los clientes de la cabina.

Bien, ya entré. Perfecto. Aunque todavía no ha pasado lo peor. Los trodos que hay en las paredes se conectan por todo mi cuerpo y cabeza. Varias jeringuillas extraen de mí linfa, sangre y otros líquidos corporales. Los trodos recogen la rutina de pensamiento de mi cerebro y la imitación nervioso-digital de mi cuerpo. Las jeringuillas me aseguran la clonación. Voy adentro del ciberespacio. Éste es un momento incómodo.

Temblor. Lagrimeo. Músculos encangrejados. Vértigo.

Ya estoy en el ciber. Sí, duele mi cuerpo, y por supuesto, no lo puedo mover hasta que me

halle en el hiper, pues sino mi imagen digital se deterioraría. Estoy congelado. Un mecanismo cibernético me dirige a la Grieta. Odio esta parte también. Ahora sí que me pongo nervioso. No sudo, esa información no es compilable por la IA que me dirige. Sólo vuelo hacia una mancha negra, que se menea y es borrosa. Me siento impotente. ¡Voy a explotar! La IA me administra cierto producto informático que ralentiza mi procesamiento de datos. No me siento asustado ahora porque no asimilo la rapidez con que me dirijo a la Grieta, no recibo estímulos contiguos sino dispersos, y no puedo concretar cómo debería sentirme. Una mente artificial provisional se ocupa de mi cerebro, y pienso con ella ahora para no atrofiar la completa interpretación de mi yo cibernético.

Caí sobre la Grieta. Estoy en ella. Ahora no estoy sujeto a la IA. Estoy por mí mismo. Por supuesto, siento el vértigo. Siento miedo y odio. Y duele en alguna parte de mi cuerpo que la estancia en el ciber ha hecho indetectable. Salto ya al hiper. Un tirón. Ahora soy pseudo masivo pues mi masa anterior fluye hacia el espacio “real”. Aparezco en la cabina, sentado. Sin trodos, sin jeringuillas. Sólo yo, y la nave hiperespacial sin toberas en que se ha convertido la cabina. Me levanto, introduzco los datos de coordenadas de Cancri, y luego especifico las de Manglar. Después de otros tirones y sustos por su causa, ingreso también la situación geográfica de Thana. Manglar es demasiado grande y no tengo vehículo alguno que me pueda portar al lecho de mi amada, así pues debo depender totalmente del incierto hiperespacio para llegar a ella. Y debo huir de las demás grietas. La Grieta es el paso del ciber al hiper, pero hay más pasos que quién sabe a dónde llevan; mejor no probar.

Vértigo, nuevamente. ¡Pero vértigo real! No es una sensación por perder los sentidos de

momento. No. Es real. Es gravedad absorbiéndome. Y un rígido sostén debajo, el suelo. Y aire golpeando con presión sobre mi piel. No me gusta nada. No me acostumbraré nunca al salto. Pero bueno... ¡Thana está ahí! Esa es la recompensa.

Delante, sus hojas todas arriba, alimentándose. Su tronco, engurrñado, huyendo de las sombras de sus coterráneos. Y me siente con una de sus ramas. Y de inmediato (3 horas después, para mi tiempo apresurado de organismo móvil) logra extraer un par de raíces para provocarme. ¡Me encanta! Es tan coqueta. Al principio necesitaba un diccionario cibernético para comprenderla. Pero ya no. Ya sé su intrincado lenguaje zalamero.

En tres horas más logra ensartarme con una de sus raíces por una oquedad que en relaciones homoespecie resultaría censurable. Pero es bien sabido que estos amores intergalácticos son algo libertinos; claro está, es por la incompatibilidad de genitales de los amantes.

Ella disfruta mientras bebe de mis fluidos. ¿Y yo? Ah, yo no entendía por qué me sentía tan excitado con ella. Ya he comprendido: ella sintetiza un catalizador de hormonas masculinas potentísimo, que viaja a mi hipófisis y cuando menos me lo espero... taran: una erección. Y luego, una eyaculación, cuando se satura la hipófisis de la sustancia que me inyecta.

Esa mi chica. Cuando estoy anexo a ella me doy cuenta de porque salto cada vez. Es increíble. ¡No puedo dejar de venir a verla! Así el vértigo, las nauseas, las lágrimas, y el nerviosismo se me interpongan todos. Y ahora... ¡Saturación!

Lo malo es el viaje de vuelta. Ese no tiene recompensa.

Siempre doy una caminata después de cada eyaculación para no hacerle creer que eso es todo lo que ella representa para mí. Camino alrededor de su tronco, luego entre sus ramas. Me trepo. ¿Qué veo? Parece una pequeña plantita. Está cerca de Thana. Tiene como un metro solamente. ¡Sí, es nueva! ¡Está recién germinada! Seguro es hija de mi dama. Sí, ella es hermafrodita. O sea que me ha engañado consigo misma. ¡Ja, ja!

Un momento se me ocurre una idea; espero que a Thana no le resulte lo pervertida que imagino. La plantita es chica. Puedo mandar a replantarla hacia la Tierra. Sí, es pequeña y maniobrable, y bien se puede trasladar a una cabina de salto. Así no tendré que saltar jamás. Me la llevaré. Y ella me hará sentir tan bien como su madre en la Tierra, sin viajar a Manglar.

Ya debo irme. Es tarde, y las raíces de Thana se han retirado de mi oquedad y se esconden poco a poco en la tierra, y creo entender que significa que el destino no me depara más actividad sexual hoy. Entro a la cabina. De nuevo los síntomas psicológicos de alergia al salto. Por ser el último lo permitiré sin mucha desidia. Cuando esté en la Tierra, ordenaré la replantación inmediata de Thanita hacia allá. Y en menos de dos días... ¡sexo sin saltar!

GABRIEL GIL

Estudiante de licenciatura en Física perteneciente a la más joven camada de escritores del género en Cuba. Asiste al Taller Literario Espiral desde hace un año y medio. Aún no posee libros publicados.

Al INDICE

5. ARTICULO : Literatura fantástica japonesa: Haruki Murakami

Por: Bernat Castany Prado

Haruki Murakami (1949) es uno de los escritores japoneses más conocidos internacionalmente. Traductor de Irving, Fitzgerald y Chandler, se dio a conocer en 1982 con la novela *La caza del carnero salvaje* y, después de dos décadas de trabajo, se ha consolidado como uno de los mejores autores de literatura fantástica. Entre sus series de relatos destacan *El fin de los tiempos* (1992), *Baila, baila, baila* (1995), *El elefante se evapora* (1998) y *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* (2001). A continuación analizo algunos de sus relatos más significativos.

Se tiende a pensar que la literatura fantástica japonesa está plagada de biombos, emperadores y espectros. No debemos olvidar, sin embargo, la distinción entre lo fantástico y lo maravilloso según la cual sólo aquellas culturas que le han impuesto a la naturaleza un orden objetivo y racional dan origen a una literatura fantástica, que busca violentar dicha regularidad; mientras que la literatura maravillosa sólo puede tener lugar en aquellas culturas en las que lo "sobrenatural" todavía forma parte de lo natural. En la introducción a su fundacional antología, Roger Caillois afirmaba que la literatura fantástica es posterior a la imagen de un mundo sin milagros, sometido a una rigurosa causalidad. Gramsci, por su parte, sostenía que el género fantástico era una manifestación de rebeldía contra la mecanización y la standarización de la vida moderna.

Teniendo esto en cuenta podemos aventurar la siguiente fórmula: cuanto más racionalizada esté una sociedad, más radical será su literatura fantástica. De este modo, la cerrada atmósfera de horarios y números de un Japón altamente industrializado era terreno abonado para el surgimiento de una literatura fantástica que nada tuviese que envidiar al terror metafísico de Chesterton, a las inacabadas e inacabables aporías de Kafka, a los laberintos filosóficos de Borges o a las desautomatizaciones de Cortázar. Los relatos de Haruki Murakami son un buen ejemplo de cómo el hombre acorralado busca contagiar el

claustrofóbico devenir cotidiano con esa incertidumbre que sabe condición necesaria de libertad.

Pero Murakami no se conforma con cavar túneles para que podamos escapar unos minutos hasta que la realidad vuelva a capturarnos en cuanto cerremos el libro; sino que busca volar la prisión entera, destruir unos muros hechos de premisas, presuposiciones, prejuicios y preconceptos para arrojarnos al mundo y obligarnos a ser libres, como si de un demiurgo existencialista se tratase. En efecto, cada uno de sus relatos agarra un hilo suelto de esa camisa de fuerza que es "el menos común de los sentidos" y tira hasta dejar desnudo de significado el universo y, como los dibujos animados que se pasan del borde del precipicio, obligarnos a intentar volar. Aunque mucho más legibles, los relatos de Murakami nos recuerdan a esos libros de los que Quevedo dice en sus *Sueños* que eran tan oscuros que al tratar de leerlos no se veía las manos.

A Murakami le bastan tres frases para hacernos sentir lo absurdo de nuestras categorías. Un buen ejemplo puede ser una escena secundaria de "**Las granjas incendiadas**" en la que un personaje, que en sus ratos libres sigue un curso de pantomima, practica la pela de mandarinas imaginarias mientras habla con sus amigos en un bar. Sus movimientos, dice el narrador, conseguían que "el sentimiento de realidad de todo lo que me rodeaba se desvaneciese poco a poco." Es inevitable pensar en la *Apología de Raimundo Sabunde*, en la que Montaigne consigue hacer saltar por los aires los fundamentos mismos de nuestra realidad preguntándose, simplemente, si cuando juega con su gata no es ella quien se está divirtiendo con él o si el mismo día que salen los hombres a cazar leones no han salido los leones a cazar hombres.

"—El truco", explica nuestra peladora de mandarinas imaginarias, "no es imaginar que tienes una mandarina entre las manos sino olvidar que no la tienes". Pero como el deseo de Murakami no parece ser hacernos olvidar que vivimos en el vacío sino, más bien, recordárnoslo, ese embajador del autor que es el narrador nos confiesa, en un aparte, que toda esa escena le hace pensar en el debate sobre si se ejecutaría a Eichmann ahorcándolo o encerrándolo en una caja de la que se iría sustrayendo el aire poco a poco. Todos estos ataques contra la realidad se engarzan en un extraño argumento que narra la historia de un hombre que decide confesarle al narrador su obsesión por quemar granjas abandonadas.

En "**El elefante se evapora**", un hombre aburrido lee en el periódico que ha desaparecido el elefante que la municipalidad había adoptado cuando, años atrás, el zoo de la ciudad se vio obligado a cerrar. El relato narra las cábales que el protagonista realiza sobre la desaparición del elefante y une, en el más puro estilo chestertoniano, la escasez de información con la intuición sobrenatural. Ciertamente este relato se inscribe dentro de una larga tradición que hace referencia a uno de los problemas más visitados por el relato policial: el del cadáver en la pieza cerrada en la que nadie entró y de la que nadie ha salido.

Recordemos, con Borges, que el primer intento de solución de este problema fue realizado en "**Los crímenes de la calle Morgue**", en el que Edgar Allan Poe hace que el asesino sea un mono que aparentemente ha escapado por una ventana. Luego le siguieron *The Big Bow Mystery*, de Israel Zangwill, donde dos personas entran a un tiempo en el dormitorio del crimen, uno de ellos anuncia que han degollado al dueño y aprovecha el estupor de su compañero para consumar el asesinato que todavía no había sido cometido; *Jig Saw*, de Eden Phillpotts, donde alguien ha sido apuñalado en una torre y al final se descubre que el puñal ha sido disparado desde un fusil; y "**El hombre invisible**", de Chesterton, donde la automatización perceptiva hace invisible al asesino, que se ha disfrazado de cartero.

Más prudente, Murakami opta por un final abierto que escapa a esa frustración que, según Borges, era "casi inevitable en ficciones como ésta, que quieren resolver racionalmente problemas insolubles". El protagonista abandona sus pesquisas y se sumerge de nuevo en la rutina pero, dice, "desde que el elefante se volatilizó", le parece que "todos los fenómenos que le rodean han perdido su equilibrio original." De este modo, el autor no cede a la tentación moderna de intentar explicarlo todo, de la que hablaba Thomas Narcejac; ni a la tentación burguesa de hacer del relato policial o fantástico una apología de la propiedad privada o el orden establecido, de la que hablaba Eisenstein; sino que, como Borges, como Cervantes, como Montaigne, acepta con gozo la ambigüedad del mundo y contempla con simpatía y compasión cómo sus personajes pierden pie y se ven obligados a aprender a nadar.

En "**Sueño**", un ama de casa padece un insomnio que, sorprendentemente, no la agota sino que le permite empezar a tener una vida paralela en su propia casa, mientras su familia duerme. La protagonista aprovecha sus noches blancas para leer *Ana Karenina*. De vez en

cuando deja el libro para mirar a su alrededor y, desde esa nueva perspectiva, tiene la sensación de que su vida no vale la pena. Se sienta a mirar a su marido y descubre que hay algo en él que la irrita, luego va a la habitación de su hijo y descubre que "él también es un extranjero". El lector presencia el nacimiento de lo que Heidegger llamaría una conciencia auténtica y, como en una mezcla entre el *Primero sueño* de Sor Juana y la bajada a los infiernos de la *Odisea*, contempla esa imagen del más allá en que se convierte el mundo cotidiano cuando todos están dormidos.

En "**Los Lederhossen**", relato que guarda un cierto parecido con el anterior, uno de los personajes narra la historia de cómo su madre abandonó a su familia al darse cuenta de que odiaba a su marido cuando, en el transcurso de un viaje por Alemania, fue a comprarle unos *Lederhossen* —prenda de vestir de origen alemán consistente en un pantalón corto de cuero— que éste le había encargado. Es magistral la escena en la que la protagonista discute con los dueños de la tienda de *Lederhossen* más famosa de Alemania porque éstos dicen tener un *Prinzip*, un principio: no vender ninguna prenda a menos que el comprador esté presente para que en el momento le hagan los repuntes necesarios. Murakami tiene el acierto de no hacer reflexiones generales sobre la existencia sino que se limita a enfrentarnos directamente con un absurdo atómico que en una reacción en cadena hace que explote todo un mundo.

En "**El enano que baila**" no acabamos de saber si todo se trata de un sueño o no. Tanto es así que el protagonista acabará preguntándose dónde se halla en realidad. Este relato entronca con una larga tradición literaria que consiste en negar la existencia de un criterio que nos permita distinguir entre sueño y vigilia. Tal es el caso de Carnéades que afirmaba que si bien es cierto que al despertar te das cuenta de que has estado soñando mientras soñabas no pudiste hacerlo; Eurípides que exclamaba que nadie sabe si en esta vida lo que llamamos muerte, es vida y lo que llamamos vida, es muerte; Montaigne que sugería que bien puede ser que esta vida sea sólo sueño; y Calderón, Descartes y Cervantes que realizaron variaciones sobre estas dudas en *La vida es sueño*, en la primera parte del *Discurso del método* y en la segunda del *Don Quijote*.

En el relato de Murakami un enano que no para de bailar se le aparece en sueños al protagonista y le propone poseerlo para que, con su danza, pueda conquistar a la mujer de la que está enamorado. La única condición que el enano (que parece haber leído a Vladimir

Propp) le pone es que no podrá hablar mientras lo esté poseyendo porque si no, él se quedará para siempre como dueño de su cuerpo. Después de oscilar entre lo fantástico y lo maravilloso, el relato acaba desbocándose un poco aunque nunca llegue a perder esa capacidad de hacernos mirar la "realidad" desde perspectivas totalmente nuevas.

"**Un cargo para China**" comienza con una pregunta: "¿cuándo fue la primera vez que conocí a un chino?" No deberíamos empobrecer el relato, restándole extrañeza a este *big bang* narrativo, con la mera explicación sociológica de que en Japón los inmigrantes chinos han sido reducidos a una caricatura sin individualidad, sufriendo lo que Edward W. Said llamó "orientalismo". Recordemos que esta palabra ha pasado a significar, por extensión, el proceso de elaboración y perduración de una constelación de ideas prefijadas que busca reducir a otras culturas a un arquetipo caricaturesco que justifica unas relaciones de poder, dominación y hegemonía perceptibles tanto a nivel macro como micro. Ciertamente, no sería justo rebajar este relato a mera lección social ya que, en ningún momento, se pierde la sensación de extrañeza inicial gracias a ese discurso de espirales obsesivas que nos recuerda a las primeras páginas de *El túnel*, de Sábato. El protagonista conseguirá rescatar del olvido las únicas tres veces que llegó a establecer una comunicación directa con un chino y en un juego de desencajes conseguirá contagiarnos de extranjería y nostalgia.

Quizás alguien considere que "**Un cargo para China**" no pertenece al género fantástico. Sin embargo, creo que, aunque en la historia o diégesis no se violente directamente la realidad, la elección y organización de los hechos realizadas por el autor sí sugiere un significado extraño a la realidad. Este tipo de relato fantástico en segundo grado nos recuerda a los "ensayos" que Borges incluyó en *Otras inquisiciones* y que buscan parecidos entre sucesos separados en la geografía y en la historia para sugerir algún vago significado sobrenatural. Claro que, si tenemos en cuenta que la realidad en sí misma no tiene sentido alguno, nos veremos obligados a concluir que no sólo la literatura fantástica sino también la realista y, aún más, la historia, la sociología, la antropología y el periodismo, pertenecen al mismo género.

Cabe añadir que el hecho de que la sociedad japonesa haya llevado hasta el extremo algunas de las tendencias de nuestro modelo social hace que la literatura fantástica sea susceptible de llevar el género hasta sus mismos límites creando, de este modo, nuevas perspectivas, temáticas o, incluso, nuevos géneros. En efecto, en algunos de los relatos de

Haruki Murakami parece dibujarse un "realismo mágico" de la sociedad de masas capitalista. Y es que una sociedad en la que "una guía para suicidarse" lleva más de cien ediciones, en la que hay niños que se encierran en sus habitaciones durante años, en la que ya existe una palabra para hablar de la muerte por exceso de trabajo y en la que buena parte de la población piensa que las bombas de Hiroshima y Nagasaki fueron lanzadas por los rusos, nada tiene que envidiar a la maravillosa cotidianeidad de la Colombia de Gabriel García Márquez.

BERNAT CASTANY PRADO

Doctor investigador de la Universidad de Georgetown.

Correo electrónico: bcprado@hotmail.com.

AL INDICE

6. HUMOR: DICCIONARIO DESORDENADO DE TÉRMINOS DE LA CIENCIA FICCIÓN

por Rafael Marín.

CIENCIA-FICCIÓN: Término chusco que sirve para no definir un género que tampoco se sabe muy bien qué es. Para no quedar como tontos, mejor referirse al tema como "eseefe", sigla CF (no, más vale que no pregunte).

HARD SF: Novelas donde habitualmente un cuerpo espacial muy grande, muy veloz y muy extraño pasa como una bala por el sistema solar. Suelen estar llenas de fórmulas y tecnicismos que tampoco ayudan a que se entienda un carajo.

SPACE OPERA: Subgénero un poco exageradillo, a menudo sin pies ni cabeza, donde paradójicamente no canta ninguna señora gorda. Nunca queremos reconocer que es el que más nos gusta.

VIAJES EN EL TIEMPO: Subgrupo de historias donde el protagonista arma la de Dios al enredar donde no debe. Sigue sin quedar claro para qué querría uno matar a su abuelito.

MÁQUINA DEL TIEMPO: Artilugio portentoso fabricado de bombillas y material de desecho que funciona al principio y tiene problemas para arrancar en los momentos más inoportunos. No es extraño que en ciertas pelis tenga forma de coche.

PARADOJA TEMPORAL: Reaccionaria conclusión de los viajes por el tiempo donde viene a darse entender que todo estaba mejor como estaba.

DESPUÉS DE LA BOMBA: Subgénero muy explotado donde se demuestra que después de dejarlo todo hecho un asquito acabaremos interpretando un western. Precursor del cine catástrofe. Posiblemente lo inventó Einstein, aunque sin mala intención.

ROBOT: Cacharro de lata que se estropea porque funciona bien (ver Leyes Robóticas)

LEYES ROBÓTICAS: Los Diez Mandamientos (Asimov era judío) reducidos a tres por aquello de que los robots no tienen alma. Recurso literario para repetir ad nauseam el mismo cuento.

EXTRATERRESTRES: En otros tiempos, catálogo algo xenófobo de diferentes culturas exóticas de la Tierra. Hoy son casi todos bichos raros (opcionalmente simpáticos)

ANDROIDE: Tío/a bueno/a con una placa de metal en el pecho. Le suelen brillar los ojos. Come aceite (Tengan cuidado).

UNIVERSO PARALELO: Sitio donde todo es más divertido.

DOCTOR MOREAU: Antepasado de una tal Marlene que experimentó con animales antes de crear con ella la criatura perfecta.

LÁSER: Acróstico que nadie atina a recordar. Rayo de luz de colorines que se lo carga todo, en especial a las armaduras anti-láser de los soldados imperiales de "La Guerra de las Galaxias".

IMPERIO ESTELAR: Socorrido sistema de gobierno donde conviven las togas con las pistolas de rayos y las distancias no tienen ninguna importancia. Cuanto más se sube en el escalafón, más feos suelen ser sus representantes.

OVNI: Cosa execrable que no tiene nada que ver con la CF a pesar de que ayudó lo suyo a vender libros del género en los años cincuenta.

FICCIÓN ESPECULATIVA: Pseudónimo transitorio.

FANTASÍA HEROICA: Subgénero de señores muy brutos con espadas muy grandes. En los últimos tiempos, novela de señores/as que se meten en un bosque y echan a andar a ver qué les pasa (acampar, desacampar, ser atacados, volver a acampar, desacampar otra vez, subir montañas, bajar montañas, acampar...)

INVASIÓN EXTRATERRESTRE: Topicazo que todos hemos dejado atrás, menos los americanos, que ya se han quedado sin enemigos de peso en este mundo.

SABIO LOCO: Científico despeinado de libido algo desviada. Máximo recurso/impulsor del género desde dentro de la propia ficción. Especie en peligro de extinción que de vez en cuando da conferencias en la entrega de los premios UPC.

RADIATIVIDAD: Cosa muy mala que en el género hace virguerías.

VIRUS: Socorrido final de novelas y películas. Trasunto de forma de vida pequeñita y/o informática que da mucho por el culo.

HIPERESPACIO: Las páginas amarillas del cosmos (o sea, el camino más corto). El faci-lí-si-mo, y encima sin peaje. Nada que ver con grandes superficies tipo CONTINENTE.

MULTIVERSO: Concepto que sólo sirve si usted me sabe definir antes lo que es el universo.

METEORITO: Pedrusco gordote de endiablada puntería.

CRISTAL LENTO: El video según Bob Shaw.

AGUJERO NEGRO: Concepto astronómico que se presta al chiste grueso. Imán que suele chuparse a la nave protagonista. Come de todo.

AGUJERO DE GUSANO: Parece que lo mismo de arriba pero visto desde el otro lado. Cornucopia invertida que a veces sirve de atajo galáctico.

SURREALISMO: La CF de los intelectuales. Postulados de algunos defensores acérrimos del género.

SENTIDO DE LA MARAVILLA: Justificación para el cuelgue que produce la CF. No sabemos si existe en otros géneros.

COHETE: Pirulí amarillo y rojo lleno de remaches. Antepasado remoto de todas las naves espaciales del género, menos del proyecto Apolo. Pone el suelo perdido.

NAVE ESPACIAL: Medio de transporte estelar grandísimo que hay que ver mayormente desde abajo.

ARCOLOGIA: Palabra que aún no ha decidido si llevar tilde en la i o no.

LEY DE GRAVITACIÓN UNIVERSAL: Algo que si se tiene en cuenta hace que las novelas en el espacio sean muy aburridas, además de mareantes.

PISTOLA DE RAYOS: Arma futurista que parece un secador de pelo. Por cuestiones de patente, ahora se la llama "phaser" o "blaster". No tiene problemas de retroceso.

PROPULSOR: Mochila que te permite volar sin quemarte el culo.

HIBERNACIÓN: Forma barata de viajar al espacio, congelando dietas y/o sueldos además de empleados. Puede provocar resfriados de mil años.

SEXO: Lo que hace nos falta como el comer a muchos lectores (y autores) de CF.

ORDENADOR: Algo por cuya falta de previsión el género debería de devolvernos el dinero y presentar la dimisión.

MUTANTE: Señor/a que tiene la habilidad insospechada de vender tebeos como rosquillas. En la vida real, haría (¿hace?) películas porno.

REPLICANTE: Androide contestatario que tiene el mal gusto de querer ser como usted o como yo. Ojo que la fecha de caducidad provoca complejo mesiánico.

SIMULACRO: Un intento de poner al mismo perro de arriba otro collar que no cuajó.

MULTIFORME: Ubicuo individuo que cambia de forma como los políticos de programa. Llámase también Robert De Niro.

INMORTAL: Señor muy viejito pero muy bien conservado que se aburre como una ostra, a lo mejor debido en parte a que los mil canales de televisión del futuro emiten todos lo mismo a la misma hora, como estamos ya viendo.

HUMANOIDE: Ente que se da cierto aire a nosotros. Llámase también (incluir aquí el nombre del político odiado favorito).

HOMÚNCULO: Lo mismo de arriba pero sin terminar de cocer.

HOLOGRAMA: Efecto especial al que se le nota un reborde azul. En alguna serie de televisión, forma de vida semimágica hecha de luz sólida que vive en una habitación de la que sólo sale para incordiar una vez a la semana.

CLON: Peligrosísimo doble genético de uno mismo que podría acabar cepillándonos el sueldo y a la esposa. Gemelo sin ombligo que no nació al mismo tiempo que uno. No es lo más ideal para escapar de la policía o defraudar a Hacienda.

UTOPIÍA: Gobierno de Aznar (apellido muy del género, por otra parte)

BIG BANG: Eructo galáctico donde se supone que todo comenzó. La Biblia lo llama "Dios".

CIBORG: Ser mitad hombre mitad máquina que antes se parecía a Lee Majors y de un tiempo a esta parte a Arnold Schwarzenagger.

TELETRANSPORTACIÓN: Lo menos parecido posible del mundo al autobús de línea. Algunos lo describen como viajar a la velocidad del pensamiento, cosa que en ciertos casos que todos sospechamos sería lentísimo. Algún autor listillo inventó el término "jauntear" sin que nadie le mentara luego a la madre.

TELÉPATA: Posible psicópata con la cabeza muy grande. Cotilla mayor del género.

ÉMPATA: Individuo solidario que sin la tilde no ganaría ni un partido fuera de casa.

IA: También llamada AI, por eso de que los sajones conducen por el otro lado. Cosa muy seria y muy sesuda que nos puede quitar de trabajar algún día (y de comer, y de cobrar, y de todo lo demás). Sonrisa flotante en el éter que como Antonio Banderas está en todas partes.

GUSANO DE ARENA: Repugnante lombriz tamaño familiar cuyas caquitas vienen a valer lo que un cojón de pato.

ANTIMATERIA: Algo así como el matrimonio pero en inorgánico. Se juntan dos cosas aparentemente iguales y/o complementarias y se acaba en explosión. Si te llamas Wile E. Coyote el sofoco se pasa pronto.

AUTOPLANETA: Sublimación hispana del Seat 600. Hermano mayor olvidado de "La Estrella de la Muerte", pero sin mala idea.

SABLE DE LUZ: Espada de fuego de los ángeles de Yahvé copiada por Hollywood, donde no deben de saber con quién se la juegan. También llamado sable láser. (¿Alguien sabe si funciona a pilas?)

JEDI: Maestro de judo místico. No confundir con el abominable hombre de las nieves.

AZUL: El color de las bebidas en la ciencia ficción.

FEDERACIÓN: Socorrido sustantivo que sustituye a otros ideológicamente más reprobables como Imperio. Forma de gobierno donde todos dicen ser unos buenazos y encima se lo creen.

REPÚBLICA GALÁCTICA: Paraíso perdido elevado a ene la mayor parte de las veces. Gente como George Lucas y similares debieron tener algún tío-abuelo partiéndose la cara en las Brigadas Internacionales; si no, no se explica tanto empeño.

PÍLDORA ALIMENTICIA: Comprimido de colorines que te da más energía que un foskitos sin que luego se te atrofien los dientes por la falta de uso. No confundir con el éxtasis.

DOCTOR: En el género hay tres: Asimov, Who y McCoy. El más admirable de todos es este último, capaz de atender él solito a una nave entera y a sus mil y pico de tripulantes. Para que luego se quejen los de MASH. Claro que tener un mando a distancia reconvertido a diagnosticador ayuda tela.

ALIEN: Autoestopista galáctico con muy mala leche, aunque sea ovíparo. Grapadora "Petrus" reconvertida en cabeza de monstruo cinematográfico. Bicho que echa mucha baba a pesar de que ya le han salido todos los dientes. Tiene fijación por las marimachos.

DOCTOR WHO: Serie de culto reservada para genios como Harlan Ellison o quien esto firma. Trasunto de Harpo Marx y/o Lon Chaney Junior, por lo de las muchas caras y los rizos. Tiene el valor de viajar en el tiempo en una cabina de teléfonos que es más grande por dentro que por fuera (como cualquier piso adosado, por otra parte) y no partirse de risa ante los atrezzistas vestidos de monstruos de plástico de cada episodio. La bufanda es opcional, pero los bolsillos ayudan mucho. Cuidado que engancha.

STAR TREK: Histórica serie televisiva y/o cinematográfica de bustos parlantes que curiosamente no presentan ningún telediario. Sus epígonos plantean el misterio de cómo en el siglo veintipico "GRECIAN-3000" no ha erradicado todavía la calvicie.

STAR WARS: Maravillosa trilogía cinematográfica que impide a este cronista ser objetivo.

BABYLON 5: Sarao galáctico donde Rappel no desentonaría nada. Chiringuito de moda despendolado donde se demuestra que un bar de tapas o una estación espacial suelen ser sospechosamente parecidos a cualquier otro. Reservado para madrugadores, videoadictos o Javier Redal.

CIBERPUNK: Subgénero que parece lleno de erratas, pero no.

REALIDAD VIRTUAL: Como su propio nombre indica, medio ideal para cumplir tus fantasías.

CIBERNAUTA: Enganchado con gafas.

TREKKIE: Subespecie de fan especializado que, incomprensiblemente, quisiera tener las orejas más grandes. Señor/a con nulo sentido del ridículo.

TREKKER: Lo mismo de arriba, pero con complejo de culpa.

TRICORDER: La única gran aportación de Star Trek al mundo contemporáneo y a Airtel.

JERINGUILLA: Bárbaro método de suministrar medicinas que en el futuro ya no existe.

PRIMERA DIRECTIVA: Castrante norma de conducta que un tal James T. Kirk se saltaba a la torera cada episodio y sus aburridos sucesores no tienen cojones de poner en duda.

ASCENSOR ESPACIAL: Gigantesco gadget muy de moda. Sueño húmedo de Böetticher y Navarro.

UCRONÍA: Relato donde todo es como no fue para que al final las cosas acaben no siendo como tampoco eran.

STEAMPUNK: Subgénero inventado por Gustavo Adolfo Bécquer. Claro que no registró la patente y luego pasa lo que pasa.

ROBUSTIANO: Robbie el robot pero en carpetovetónico. El único elemento de ciencia ficción televisivo/autónomo de nuestra infancia chiripitifláutica a quien la AEFCE ya tarda en hacer un homenaje. Sobrevivir al tío Aquiles y al Capitán Tan tiene su mérito, qué demonios.

RAFAEL MARIN

Cádiz, 1959. Es un escritor, traductor y guionista de comics español. Ha desarrollado también una gran actividad como crítico de cine, comics y de literatura de fantasía, participando en numerosas publicaciones.

AL INDICE

7. ¿COMO CONTACTARNOS?

Sí tienes algún comentario, sugerencia o colaboración
escríbenos a:

darthmota@centro-onelio.cult.cu

jartower@centro-onelio.cult.cu

espiral@centro-onelio.cult.cu

aceptamos cualquier colaboración seria y desinteresada.
Traten de ponerla en el cuerpo del mensaje.

Advertencia: Los mensajes de direcciones desconocidas
que contengan adjuntos serán borrados.

Para suscribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la palabra "BOLETIN" en el asunto.

Para desincribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase "NO BOLETIN" en el asunto.

Para obtener números atrasados envíanos un correo en
blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase en el asunto "Numeros anteriores" y el
número del correo atrasado que desees entre paréntesis a
continuación. Si los quieres todos escribir a continuación
"todos".

Ejemplos: Con el asunto "Numeros anteriores (2)(5)(20)"
obtendrías los números 2, 5 y 20 del Disparo en Red. Con el
asunto "Numeros anteriores todos" tendrías todos los
números del Disparo en Red existentes.

[Al INDICE](#)